

Memorias del SIGLO XX



Ángel Lombardi



FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO
ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA

EDICIONES ASTRO DATA



Angel Lombardi

Memoria del siglo XX

*Fundación Ediciones Clío
Academia de Historia del estado Zulia*

*Maracaibo 2022
Venezuela*

Memoria del siglo XX
Ángel Lombardi (autor)

Academia de Historia del estado Zulia / Fundación Ediciones Clío, 2022



Fondo editorial de la Academia de Historia del estado Zulia
Director: Juan Carlos Morales Manzur

Maracaibo, Venezuela
2da edición digital

Hecho el depósito de ley:
ISBN: 978-980-7984-47-8
Depósito legal: ZU2022000340

Edición: *Miguel Ángel Campos*

Diseño: *Nubardo Coy*
Javier Ortiz
Julio García Delgado

Cubierta: Tetramorfo sobre dos ruedas, símbolos del AT y el NT, de una pintura de la abadía de watopädi, en el monte Athos, 1213

Esta obra está bajo licencia: Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional



Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

Memorias del siglo XX / Ángel Lombardi (autor) / Miguel Ángel Campos (editor).

—1era edición digital— Maracaibo (Venezuela): Fundación Ediciones Clío - Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia. Ediciones Astro Data. 2022

174 p.; 22 cm

ISBN:978-980-7984-47-8

1. Siglo XX. 2. Historia contemporánea. 3. Procesos históricos. 4. Geopolítica.

Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia

El Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia, busca promover las publicaciones sobre Historia local y Regional e Historia venezolana, especialmente las investigaciones que aportan conocimientos inéditos o enriquezcan la producción científica sobre distintas temáticas de la Historia.

Se persigue que la Academia de Historia del estado Zulia, genere una producción editorial propia, desarrollada fundamentalmente por historiadores, con altos niveles de calidad e innovación, tendientes a satisfacer las necesidades de acceso al conocimiento y consolidar una producción editorial para ofrecer a la colectividad en general, como aporte a sus objetivos y fines institucionales.

El proyecto nace de la confluencia de dos circunstancias que justifican su carácter netamente académico: la convicción de que todavía es posible hacer un libro de calidad, tanto en contenidos como en presentación formal, y la participación de prestigiosos historiadores en el desarrollo del proyecto a fin de garantizar un marco de seriedad y rigor científico

Juan Carlos Morales Manzur
Presidente de la Academia de Historia del estado Zulia

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

El siglo XX está cerca y está lejos; muchas interpretaciones siguen siendo insuficientes, pero hoy en día las ciencias sociales y las ciencias humanas en general nos han dotado de técnicas y metodologías suficientes, además de teorías, que posibilitan un abordaje relativamente seguro, oportuno y necesario, a esta materia altamente compleja e inflamable llamada historia y en este caso, ocuparnos del siglo XX, como testigo y habitante del siglo e igualmente como historiador obligado a describir, registrar, ordenar, interpretar y contar, tarea evidentemente compartida con miles de investigadores de las ciencias sociales e historiadores y en general con muchos autores de las más diversas disciplinas.

Atentamente;

Dr. Jorge Fyrmark Vidovic López
<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial
<https://www.edicionesclio.com/>

A mi querida Lilia
A mi familia, vencedora del tiempo

Mi verdadero rostro soy yo quien lo crea

Xo - wei

*la historia es un enigma:
o bien: la historia no es sino mentira
o bien: la historia no es sino una pura tontería
o bien: la historia es profecía
o también: la historia es un fruto ácido
o también puede leerse: la historia es sólida como el hierro
o también: la historia no es una bola de pastaja
o incluso: la historia no es más que una mortaja
o yendo más lejos: la historia debería ser un medicamento somnífero
o yendo más lejos aún: la historia es como un espíritu que golpea en la
pared
y de igual manera: unas baratijas antiguas, esto es la historia
e incluso: la historia es producto de la razón
e incluso también: la historia es fruto de la experiencia
e incluso también: la historia es una serie de pruebas
e incluso esto: la historia es como un conjunto de perlas desparramadas
e incluso también esto: la historia es una serie de causas
o: la historia es una metáfora
o: la historia es en realidad un estado mental
y finalmente: la historia es la historia
y: la historia no es nada de todo esto
así como: la historia se reduce a un simple suspiro
¡ah! la historia,, ¡ah! la historia, ¡ah! la historia, ¡ah! la historia,
a fin de cuentas, puede ser descifrada tal como se quiera
y he aquí un gran descubrimiento*

Gaoxing - sjian

Índice

Prólogo.....	3
Introducción.....	15
I.....	31
II.....	48
III.....	63
IV.....	72
V	81
VI.....	106
VII.....	118
VIII.....	128
IX.....	134

Prólogo

Hay muchas teorías sobre las edades del hombre. En Occidente siguen prevaleciendo las respuestas de Edipo a la Esfinge; en Oriente, más sutiles, entre la primera edad y la última, la del desprendimiento gradual y la vida de renunciamiento, ubican la vida activa entre los 8 y 60 años aproximadamente, “etapa en la que se ordena el mundo de los seres y de las cosas y de los sentimientos sin excluir nada”; este libro pretende ir en esa dirección, fue escrito en tres semanas intentando ordenar (para uno mismo) todo un siglo.

Fue escrito en París en compañía de Lilia y con la hospitalidad de mis hijos María de la Esperanza y Stephane y mi nieto venezolano-francés Stephanito. Fueron semanas de rudo invierno y gratos viajes a la Europa profunda, a la Europa histórica como las costas de Normandia y Bretaña; a las tierras de Alsacia

y Lorena y particularmente emocionante fue la visita a la Catedral de Reims, donde en 1968 se dio el encuentro de Adenauer y De Gaulle para simbolizar el fin del desencuentro secular de dos grandes pueblos. En fin, fueron muchos y muy gratos momentos en un ambiente espiritual e intelectual adecuado para escribir estas impresiones del siglo XX, tantas veces proyectadas.

El mundo es uno sólo y la vida múltiple, nadie en su sano juicio puede anunciarse o pretenderse biógrafo de un siglo a pesar del diálogo permanente entre el “yo y su circunstancias”.

Como dice H.A. Murena “la historia es un criptograma que quizás tenga una sola interpretación definitivamente valedera, pero los hombres (como siempre, formamos parte de él y no podemos discernir nunca su totalidad) nos servimos para descifrarlo de claves diversas que varían con el lugar y el tiempo al que pertenecemos y que nos lo aclaran según lo que más nos concierne”. Entrego parte de mi siglo mientras pueda seguirme ocupando del siguiente.

Introducción

La historia, la presencia humana en la tierra, en todos sus aspectos y particularidades, es como un gran río que fluye permanentemente, va labrando su curso y definiendo sus orillas. Es la vida individual y social de cada ser humano que ha habitado el planeta, cómo se organizó y funcionó, desde los niveles más elementales hasta las asociaciones y estructuras más complejas. Es la vida social asumida como cotidianidad pero fundamentalmente como política y economía. La sociedad define al individuo, de allí la vieja explicación de ser social que inventa y construye y se proyecta fundamentalmente como cultura.

El historiador se pretende y asume, aunque no exclusivamente, como el cronista y sistematizador de estos procesos sociales, políticos y económicos que llamamos historia, desde su propio presente.

La historiografía es la sistematización escrita de esta presencia humana sobre la tierra. Es un intento de mirar atrás para registrar los hechos, codificarlos e interpretarlos. Mientras más lejana la mirada más precaria la interpretación, aunque la cercanía no garantiza necesariamente la objetividad, al contrario puede llegar a comprometerla.

El siglo XX está cerca y está lejos; muchas interpretaciones siguen siendo insuficientes, pero hoy en día las ciencias sociales y las ciencias humanas en general nos han dotado de técnicas y metodologías suficientes, además de teorías, que posibilitan un abordaje relativamente seguro, oportuno y necesario, a esta materia altamente compleja e inflamable llamada historia y en este caso, ocuparnos del siglo XX, como testigo y habitante del siglo e igualmente como historiador obligado a describir, registrar, ordenar, interpretar y contar, tarea evidentemente compartida con miles de investigadores de las ciencias sociales e historiadores y en general con muchos autores de las más diversas disciplinas.

La historia es como una gran sinfonía, con sus acordes, armonías, desarmonías y *tempos*; la del siglo XX no escapa a esta visión, con su *crescendo* político, usualmente tempestuoso y dramático. En lo económico, con sus diversos movimientos de onda larga y en

lo social se va objetivando todo este proceso a nivel de la vida individual y concreta y a nivel de la cultura y la conducta; ideas, costumbres y mentalidades de la vida social como un todo.

El siglo padeció la política, generó su economía portentosa y no termina de asumir los profundos y radicales cambios en la vida social, especialmente entre 1945 y 1990, el siglo corto, que dice Hobsbawn. Fueron años de cambios acelerados y profundos y la sociedad que modeló el cambio fue Estados Unidos, aunque no de manera exclusiva.

Es la era del automóvil, el teléfono, el cine y la radio, que pronto se generalizan en el mundo; luego vendrán los electrodomésticos de todo tipo, la televisión y el confort generalizado, hasta llegar a la prodigiosa revolución informática.

Estados Unidos en términos de sociedad es la primera que los asume y proyecta en forma masiva y fue la que primero se acercó más a la idea y posibilidad de eliminar la pobreza y establecer una sociedad “mejor” para todos. El sueño americano se proyectaba poderoso hacia adentro de la sociedad, hacia todos los sectores y en el mundo creó un interés generalizado hacia los Estados Unidos que no ha terminado.

La onda de innovación y prosperidad, lógicamente, terminó proyectándose al resto del mundo y particularmente a los llamados países subdesarrollados.

Para 1975, las tres cuartas partes de los automóviles y teléfonos del planeta se concentraban en 7 países: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Japón y Canadá.

El cambio social era profundo e indetenible y este texto de Régis Debray lo expresa de manera gráfica: “cuando el General de Gaulle llegó al poder había un millón de televisores en Francia... cuando se fue, había 10 millones. El estado siempre ha sido un espectáculo. Pero el estado-teatro de ayer es muy diferente al estado-TV de hoy”.

A nivel social, el fenómeno más visible, es el abandono masivo del campo; el mundo se hace urbano, con una velocidad y magnitudes que todavía hoy nos sorprenden.

El fenómeno se da a escala mundial, con las variaciones y excepciones del caso. La megalópolis domina el espacio geográfico: Sao Paulo, Ciudad de México, Tokio, El Cairo, París, Nueva York, Shangai, etc..., una humanidad cada vez más numerosa, cerca de 7 mil millones de habitantes concentrados en un centenar de ciudades. La cantidad de problemáticas y conductas patológicas que esto genera está en pleno

desarrollo y afecta la vida individual y social en todos los órdenes.

El concepto de habitat, familia, relaciones de pareja, ocio, trabajo, confort, etc... todo es sometido a prueba y a un cambio cuya dirección final se nos escapa. La economía ya no se define por el obrero industrial, lo que obliga a revisar todo el aparato teórico del liberalismo y del marxismo, que proyectaba un sistema económico capitalista profundamente transformado. Hoy, una cadena de comida rápida, emplea más gente que el sector siderúrgico.

El mundo del trabajo ya no es masculino. Desde hace 50 años, la mujer ingresó masivamente en la educación, a las más diversas profesiones y al trabajo en todas sus áreas, con un impacto definitivo e irreversible sobre su rol y “status” en la sociedad. Para algunos autores, éste es el aspecto socio-cultural más importante del siglo XX. La mujer, evidentemente no en todas las sociedades, dejó de ser la mitad de la humanidad silenciada y excluida. A partir de su promoción educativa y económica y de la aparición de los anticonceptivos, se liberalizan las costumbres sexuales y hoy la mujer, asume retos como nunca antes tuvo oportunidad de hacerlo.

“En 1940 las mujeres casadas que vivían con sus maridos y trabajaban a cambio de un salario, cons-

tituían menos del 14% de la población femenina de los Estados Unidos. En 1980, constituían algo más de la mitad, después de que el porcentaje se hubiera duplicado entre 1950 y 1970” (E. Hobsbawn).

La otra gran revolución fue la generalización de la educación y la entrada masiva de jóvenes a la educación superior. En la década del 70 y 80 se duplicaron el número de Universidades en el mundo; en América Latina y en Venezuela este fue un proceso visible que continúa y cuyo impacto, a mi juicio, no ha sido estudiado entre nosotros, suficientemente.

La juventud se convierte en el mito por excelencia de nuestro tiempo, hasta llegar a creerse, que sin la juventud se acaba todo; personas de todas las edades le rinden pleitesía a esta creencia y buena parte de la economía y el entretenimiento pareciera orientado a favorecerlo y satisfacerlo.

“Tutto e subito”, todo y ya, pareciera ser la consigna de los jóvenes que lo quieren todo, rebeldía juvenil que se expresa en aquella retórica de los Graffiti de Mayo del 68 parisino y en centenares de otros sitios: “Prohibido prohibir”; “la imaginación al poder”, etc... son consignas voluntaristas e irreales, pero que se explican en sociedades en donde se desmoronan los viejos principios y las tradiciones y todo cambia tan rápido que resulta difícil entender nada.

El movimiento juvenil y estudiantil se nutre del anarquismo y socialismo libertario; de la liberación sexual y fundamentalmente de una masa juvenil, más educada y con mejores condiciones de vida, pero que igualmente tiene que asumir la precariedad y la peligrosidad de la nueva vida urbana.

Fue un movimiento coyuntural (1968-1973) con algunas situaciones políticas traumáticas, como las matanzas de Tlatelolco en México y la de Tianamen en China y la radicalización política de una minoría que optó por el terrorismo como las brigadas rojas italianas y el absurdo e innecesario asesinato de Aldo Moro; aquí en América Latina, los tupamaros uruguayos, los montoneros argentinos, que por lo menos, podían justificarse políticamente como una resistencia a las dictaduras de la época y el tristemente célebre Sendero Luminoso peruano que nace en una Universidad de provincia, en Ayacucho, en la Sierra peruana y su ideólogo y líder más visible, Abimael Guzmán, hoy preso, era profesor de filosofía.

En Venezuela el movimiento estudiantil es una novedad latinoamericana que viene desde el lejano 1918, en Córdoba, Argentina; es un movimiento que responde básicamente a lo ya dicho, además del ingrediente político local y la evidente influencia de

la Revolución Cubana. Fidel es emblemático, precisamente, porque llega al poder con apenas 32 años y con una leyenda cultivada de joven rebelde. El Che es diferente, es un mito a partir de una foto, de René Birri y lógicamente por su muerte trágica.

El héroe debe morir joven, y trágicamente, como bien decían y sabían los griegos de la antigüedad: los preferidos de los dioses mueren jóvenes. En una sociedad cambiante y provisional como la contemporánea, con un profundo sentimiento de soledad y desarraigo y con un nihilismo desacralizado y corrosivo es lógico entender este sentido trágico de la vida, que afecta a millones de jóvenes; si a ello se agrega la cultura de la droga y la autodestrucción y toda una cultura del espectáculo que la proyecta y sobredimensiona, podemos comprender esta “juvenilia” o culto a la juventud de nuestro tiempo. Antropológicamente se han invertido los valores; ya no es la vejez y la experiencia el desideratum, sino ser joven y prolongar la juventud lo más que se pueda.

Más de la mitad del mundo es menor de 20 años; en ciertas sociedades es casi el 70%; es comprensible, en términos demográficos y económicos, el fenómeno de la presencia avasallante, en nuestro tiempo, de la juventud. Dice Hobsbawn “La cultura juvenil se convirtió en la matriz de la revolución cultural en el

sentido más amplio de una revolución, en el comportamiento y las costumbres, en el modo de disponer del ocio y en las artes comerciales que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos. Dos de sus características son importantes, era populista e iconoclasta, sobre todo en el terreno del comportamiento individual en el que todo el mundo tenía que ir a lo suyo con las menores inherencias posibles, aunque en la práctica, la presión de los semejantes y la moda, impusieran la misma uniformidad que antes, por lo menos dentro de los grupos de los semejantes y de las subculturas”. El individualismo se exacerbó y el individuo se pretendía lo único real e importante, más que la propia sociedad y muchas veces en contra o en contradicción con la familia y la sociedad.

Empezando el siglo XXI más de 200 países cubren el planeta y éste se va definiendo en función de la problemática que cada uno confronta y que de manera general, en todos, es básicamente la misma: los problemas del desarrollo y el sistema político y el tipo de gobierno necesario.

Se ha acostumbrado a dividir al mundo entre países desarrollados y subdesarrollados, de manera más benigna, también se les llama en vías de desarrollo,

estableciéndose entre ellos diferentes tipos y niveles de evolución.

El primer problema que confrontan estas “nuevas” sociedades es la estabilidad política y el tipo de gobierno; aunque en un plano formal todos se definen constitucionalmente como democráticos y recurran a algún tipo de elección para legitimarse, en la práctica, prevalece la inestabilidad y el golpe de estado como filosofía práctica del poder y la preeminencia militar sobre la sociedad civil.

El segundo problema es el modelo económico para lograr el desarrollo. Se han ensayado diversas fórmulas, en la práctica todas insuficientes, desde los modelos comunistas, con el resultado conocido, hasta economías mixtas con variables locales específicas. Algunas, las menos, lograron un éxito relativo, con la política de industrialización forzada y sustitución de importaciones; la mayoría terminaron en un fracaso estruendoso, logrando lo que alguien llamó el *desarrollo del subdesarrollo*, con la secuela de corrupción, ineficacia y despilfarro conocidos.

El tercer problema es la explosión planetaria de la “geografía del hambre”; el mundo pasa en 200 años de mil millones de habitantes a siete mil millones.

Se necesitaron 120 años para duplicar los primeros mil millones; 35 años para los tres mil millones

de habitantes y apenas 15 años para llegar a cuatro mil millones de habitantes. En cada década, aproximadamente, se suman mil millones de habitantes a un planeta cada vez más sobrepoblado de acuerdo al viejo Malthus y su visión catastrófica del mundo.

Este problema todavía no ha sido comprendido en su verdadera dimensión por el mundo actual, especialmente en el llamado Tercer Mundo, en el que la mayoría sigue asumiendo la visión romántica de que los hijos son una bendición de Dios; García Márquez, en su discurso al recibir el premio Nobel, dijo que la vida se impone sobre la muerte y es la única garantía que tienen los países pobres de sobrevivir a los avanzados, es un poco lo que dijo Mao Tse Tung, cuando expresó no temerle a un conflicto atómico, porque al final siempre habría suficientes chinos.

Comenzando el siglo XXI, en este planeta de los Estados Nacionales, el futuro estará determinado en buena medida por el manejo que cada país haga de estos tres problemas: su demografía (incluyendo la parte cualitativa de la población es decir la atención adecuada y completa a cada individuo en salud, educación, oportunidades, etc.), el desarrollo económico, real y efectivo para todos, que se traduzca en bienestar

y calidad de vida y el sistema político que garantice los derechos humanos, la libertad y la igualdad.

Demografía, desarrollo y sistema político: en otras palabras es como si el tiempo no hubiera transcurrido y sigue pendiente el programa de la modernidad plena que cada sociedad debe asumir, sin arriesgar otra guerra, ni otra gran depresión económica.

En la segunda mitad del siglo XX, uno de los temas intelectuales de moda, fue el tema del subdesarrollo, que trató de explicarse como una secuela del antiguo colonialismo (teoría de la dependencia) y que generaba una contradicción interna inevitable (teoría de la dualidad); transcurridos 50 años, sin desechar totalmente algunos análisis y conclusiones de ambas teorías, lo que está claro, es que ambas resultaron insuficientes y con una consecuencia peligrosa: tendían a eximir de responsabilidades en el atraso y problemas de cada país, a las elites locales y a la población en general, generalizándose la creencia de que todos los males de la sociedad venían de afuera, de los centros metropolitanos y de los países desarrollados.

Los países del tercer mundo vivieron políticamente de una mitología cultivada que todavía se mantiene: la creencia ingenua en fórmulas mágicas o automáticas como la reforma agraria o la educación, sin evaluar los resultados y sin aprender de los

propios errores; con discursos se pretendía cambiar la realidad.

En la mayoría de los casos, la reforma agraria fue un rotundo fracaso económico aunque cumplieran con el cometido de lograr adhesiones y apoyo político.

Igual la educación, de ser una palanca inicial de promoción individual, terminó siendo una formación vacía y casi siempre interrumpida. El concepto de “subdesarrollo” surge claramente de una visión de la historia lineal y progresiva, claramente entroncada con la tradición filosófica de la Ilustración y con pensadores como Hegel y Marx. Implica una visión optimista de la historia y en definitiva una visión racional. Los hechos no han confirmado esta teoría pero tampoco la niegan, lo que se evidencia es que la realidad siempre es más compleja y creativa que cualquier teoría.

Lo mismo sucede con el concepto “Tercer Mundo” que surge como una derivación y una consecuencia directa de la guerra fría, aproximadamente en 1955, a raíz de la conferencia de Bandung (Indonesia) donde Sukarno de Indonesia, Nehru de la India, Nasser de Egipto y Tito de Yugoslavia, sentaron las bases de un movimiento que pretendía marcar distancia del Primer Mundo industrializado capitalista y del Segundo Mundo, liderizado por la Unión Soviética. Unos años después, en 1959, con la revolución cubana se amplía

el término y se habla de un Tercer Mundo y de una Tricontinental revolucionaria, cuyo ícono y símbolo, llegó a ser el Che Guevara, a través de la magistral imagen de René Birri, del joven rebelde, de mirada profunda y soñadora, de cabellera larga y revuelta y el gigantesco habano, que completaba el gesto de desafío con su boina guerrillera y con su estrella solitaria de comandante, imagen que popularizó y universalizó la revolución estudiantil y cultural de los 60 y, evidentemente, la trágica muerte del Ché Guevara, en las montañas bolivianas. A veces he pensado qué hubiera sido de la memoria del Che sin la popular y magnética imagen fotográfica.

El Tercer Mundo aparte de ser un concepto mediático nunca expresó realmente la cambiante y dinámica realidad de los países que en algún momento formaban parte de dicha teoría. Unos avanzaron, otros se rezagaron en términos políticos y socioeconómicos y otros, nunca realmente encajaron en la idea de un Tercer Mundo homogéneo.

En pleno siglo XXI, seguir utilizando el concepto Tercer Mundo o identificar el planeta como dividido entre desarrollados y subdesarrollados, resulta anacrónico y falso, ya que la realidad del planeta es otra, inmerso en un proceso acelerado de transformación

con una heterogeneidad de culturas y sistemas políticos evidentes.

Hoy por hoy han ido surgiendo, en las últimas décadas, realidades dinámicas y multiformes como la gran urbe, verdaderos microcosmos planetarios, y por otro lado, cada país forma parte de múltiples listas y clasificaciones, dependientes del criterio y la metodología del análisis o de la intención al ubicarlos y clasificarlos.

Problemas como el pluriculturalismo y la multidentidad, la alienación urbana con su carga de individualismo, agresividad, soledad y violencia, el nuevo hedonismo y la vida como espectáculo, la transhumancia real y afectiva, la trivialidad de la vida social, en fin toda una problemática postmoderna sin respuestas claras.

El siglo XX más que respuestas genera interrogantes y el siglo XXI, en si mismo, hoy por hoy es una gran interrogante, lleno de desafíos y amenazas, una vez más el ser humano en la historia es sometido a prueba.

I

El viejo siglo no ha terminado bien, tampoco empezó bien.

El pasado ya no determina el presente y mucho menos el futuro y tampoco ayuda a comprender y explicar estos tiempos de vertiginosos cambios en donde la tecno/ciencia establece la direccionalidad y las reglas del juego. Todo parece posible, pero igualmente todas las amenazas están presentes. La historia vuelve a ser horror y esperanza.

El nihilismo, la desesperanza, el fanatismo y la intolerancia, recorren el mundo, pero igualmente la humanidad sigue aferrada a sus mejores sueños.

Este segundo milenio de la era cristiana terminó como el primero, rodeado y poseído por un gran miedo, el milenarismo que construyó las grandes

catedrales para huir del miedo al fin del mundo hoy reproduce el mismo miedo y lo llama terrorismo, una guerra total y generalizada, sin fronteras y sin límites, anónima y absoluta que nos amenaza a todos, especialmente a los más poderosos y a los que se sienten más seguros. Con la amenaza a las Torres Gemelas de Nueva York en 1993 y su posterior destrucción el 11 de septiembre del 2001, el mundo entró oficialmente en la era del miedo. La violencia se generaliza y no conoce límites, la inseguridad es general y los medios de destrucción se privatizan y democratizan, incluida la posibilidad de las armas atómicas y de destrucción masiva en manos terroristas.

Los gobiernos y las grandes potencias lucen impotentes frente a estos hechos; la superpotencia norteamericana, desafiante, le declara la guerra total a esta amenaza anónima y de muchos rostros, pero es una guerra perdida de antemano; en términos militares, el terrorismo es invencible, solamente medios políticos y sobre todo una renovada conciencia moral de la humanidad puede ganar esta guerra irracional y cruel. Solamente si trabajamos todos en la dirección correcta hay esperanza, es decir, sin abandonar la libertad empecemos a construir la verdadera igualdad fundada en la justicia y en la fraternidad.

No es suficiente la igualdad ante la ley, ni poseer los mismos derechos, lo importante es tener las mismas oportunidades y posibilidades objetivas. El falso dilema capitalismo/comunismo tiene que ser sustituido por un sistema universal fundado en la libertad, la igualdad y la fraternidad; hacer cierto el viejo programa revolucionario de 1789.

La violencia siempre ha acompañado al ser humano y su presencia en la historia ha sido permanente, inclusive se ha llegado a pensar que la violencia es la partera de la historia y que ésta nace de la boca del fusil, de la lucha de clases y de la sobrevivencia del más apto; Darwin, Hegel, Marx, Mao, actualizan el viejo principio griego de que la vida no es otra cosa que dialéctica, lucha, cambios. Esta “verdad” se hizo peligrosa e insostenible para el género humano con la aparición de la bomba atómica y la energía nuclear; por primera vez en la historia un conflicto, una guerra, podía acabar con el mundo y el peligro no ha desaparecido, de allí, que en las últimas décadas, el programa político más realista y urgente es preservar la paz mundial.

Nuestro mundo, a pesar de ello, sigue apostando por la guerra y por la más terrible de ellas, el terrorismo, anónimo, indiscriminado e irresponsable que pretende escapar a todo límite y control, y que hoy

se difunde por el mundo bajo la mirada complaciente de muchos gobiernos y estados, siempre y cuando no los amenacen a ellos.

Esta terrible realidad que viene *in crescendo* hace más de un siglo asombraba al viejo Engels, que se alarmaba frente al terrorista individual y hoy estaría aterrorizado frente al terrorismo generalizado que asola al mundo, en donde nadie está a salvo, y todos son potenciales víctimas, especialmente los más inocentes, cuya imagen simbólica más publicitada y dramatizada fue el atentado del 11 de septiembre del 2001 a las Torres Gemelas de Nueva York.

Del terrorismo somos responsables todos y su control y eliminación sólo será posible en la medida que seamos exitosos en la construcción de una nueva humanidad libre y fraterna.

La guerra contra el terrorismo no se va a ganar con la retórica de la lucha contra el eje del mal, que no es más que una manipulación ideológica del imperio, podrán ganar batallas pero no la guerra definitiva, porque en el fondo ellas alimentan al terrorismo, cuando desarrollan políticas de supremacía e injusticia.

Vivimos entre la guerra y la paz, la geo-política mundial transcurre como si nada hubiera sucedido en el último siglo, los países compiten entre sí y tratan de sobreponerse los unos a los otros. Seguimos

utilizando el mismo lenguaje de siempre, potencias mundiales, potencias atómicas, potencias regionales. En este mundo unipolar (¿por cuánto tiempo?) Estados Unidos luce todopoderoso, prepotente y hegemónico, allí están para demostrarlo Afganistán e Irak. China se prepara aceleradamente para competir, Rusia vive un repliegue táctico obligado, Europa tiene momentáneamente bajo control a sus demonios bélicos, igual que Japón y en cada Continente alienta una potencia hegemónica, la India, Alemania, Brasil, Israel; pareciera que la geo-política sigue siendo la ciencia del demonio alimentado por el conocido principio de que los países no tienen amigos sino intereses, y a pesar de todo algo se ha avanzado en la dirección contraria.

La integración económica y los mercados regionales; la nueva conciencia de humanidad compartida, en fin existe la esperanza pero el camino es largo, apenas estamos comenzando a recorrerlo, esto lo decimos para evitar el optimismo exagerado tan ilusorio y peligroso como el pesimismo que niega cualquier posibilidad.

En la historia hay un simbolismo reiterativo de la gran muralla china, pretensión absurda y desproporcionada de querer defenderse del mundo exterior, sin darnos cuenta que del otro lado estamos nosotros mismos.

Hoy la nueva muralla china es la xenofobia y la intolerancia, especialmente cultivada por los sectores privilegiados de cada sociedad y por los países más ricos y poderosos. Son los desequilibrios entre el Norte y el Sur; es el abismo que se ensancha entre el llamado Primer Mundo y el Tercer Mundo. Si fuéramos razonables, en la agenda mundial, ésta es la primera prioridad, reducir los desequilibrios existentes y crear dinámicas de desarrollo compartido con la consiguiente distribución equitativa de los beneficios a pesar de la retórica mundialista y humanitaria prevaleciente; en la práctica, el egoísmo sigue dominando en la toma de decisiones políticas de la mayoría de los gobiernos. Como siempre, los poderosos no atienden a otra razón que seguir aumentando su poder, riqueza y prestigio.

El siglo XX conoció, a su manera, la violencia de las guerras de religión, ya que no otra cosa fueron esas religiones laicas de la modernidad que llamamos nacionalismo y socialismo y sus epígonos como el fascismo, el nazismo y el comunismo.

La humanidad se emborrachó de “ismos”, borrachera que de alguna manera continúa y cuyos riesgos de recaída y recurrencia no han desaparecido del todo.

Urge recuperar el sentido común en la política y buscar siempre ese centro dinámico de equilibrios necesarios entre intereses por más contrapuestos que sean. Las diferencias siempre son exageradas cuando son manipuladas o asumidas de manera ideológica. Recordemos que del otro lado siempre estamos nosotros mismos.

El nacionalismo asoló el siglo XX y amenaza con seguir asolando el XXI. Creo que es la ideología que más muertos ha acumulado; sus matanzas se cuentan por millones, basta recordar las dos guerras mundiales y tantísimas otras que siguen desarrollándose especialmente en el llamado Tercer Mundo.*

Una de las tantas ironías de la historia es que los románticos nacionalistas, que soñaron a sus futuras patrias redimidas pacíficamente, nunca se imaginarían el costo que habrían que pagar; situados en las antípodas ideológicas y políticas, W. Wilson y Lenín, proclamaban su credo nacionalista; ambos lo hacían pensando en las mejores causas y en los intereses más convenientes para la humanidad. El nacionalismo radical y la violenta afirmación de la propia identidad e intereses conspiran contra la necesidad de paz y solidaridad que la humanidad exige.

* 10.000.000 de muertos en la Primera Guerra Mundial; 50.000.000 en la Segunda Guerra y unos 30.000.000 de refugiados y desplazados.

La sobrevivencia del ser humano sobre la tierra, sin negar su especificidad cultural, exige un programa político común, compartido por todos los gobiernos y por las respectivas sociedades.

Es indispensable discutir una agenda demográfica y ambiental. Definir sobre parámetros prácticos y viables que es hoy un desarrollo sustentable. Garantizar los derechos humanos, de manera efectiva a todos y cada uno de los habitantes del planeta. Un desarme generalizado y una desmilitarización efectiva. Subordinar la ciencia, la economía y la política a la ética. Promover en todas las sociedades y en cada individuo su condición de persona digna, libre y responsable.

El mundo se mueve siempre, igual que el universo, igual que la humanidad; es la ley fundamental de la vida y de la historia; todo cambia, ya lo decía Heráclito, nunca nada es igual, podemos volver al mismo sitio o al mismo recuerdo, pero el que regresa ya no es el mismo; Ulises tiene el privilegio de regresar a su isla natal, pero nada es igual, Penélope ha envejecido igual que él.

El cambio es lo más fácil de constatar y demostrar, pero el ser humano instintivamente lo niega, por eso se aferra a su mediocre cotidianidad, a sus ritos y ceremonias cíclicas, cada año todo aparenta seguir igual, pero nadie es igual a sí mismo. El tiempo es

inexorable y en la conciencia humana el tiempo es terrible, porque es un tiempo que se acaba.

Mirar hacia atrás no es solamente una costumbre, o una actitud senil, también es una necesidad para aprender de nuestros errores, por lo menos intentarlo y lo hacemos por una necesidad psicológica de identidad y por una necesidad metafísica, darle a nuestro origen y a nuestro fin un sentido de trascendencia.

Estamos menos solos cuando nos identificamos con nuestra época, es decir vivimos acompañados por otros seres humanos que compartieron con nosotros el mismo horizonte histórico y cultural, la misma sensibilidad de época, es decir, necesitamos sentirnos contemporáneos de nosotros mismos.

En nuestro caso, habitantes del siglo XX y en tránsito al siglo XXI, una serie de hechos, acontecimientos, cosas, personajes, nos marcaron de una u otra manera; a cada uno nos dejó una marca especial, pero todas las marcas nos son conocidas y familiares, aunque discrepemos en nuestra relación con ellas.

Quién de nosotros puede ignorar las guerras mundiales, Vietnam, el comunismo, la conquista del espacio, el 11 de septiembre del 2001 y en el caso de los venezolanos, el 23 de enero del 58, la revolución cubana y esta agonía de la democracia y el desarrollo que no termina de consolidarse entre nosotros.

En fin, somos contemporáneos y es importante identificarnos como tales pero lo importante es convertirnos en contemporáneos del futuro, de lo contrario, morimos, aunque no estemos muertos.

Los individuos siempre están innovando, habitualmente en rebeldía y contracorriente, pero cada 30/50 años la sociedad termina asumiendo la heterodoxia y la asimila o domestica, la hace asimilable y normal para la mayoría, así fue con el impresionismo de finales del siglo XIX, rechazados por los salones y el gusto de la época, hoy son consagrados como clásicos y cuentan con museos propios.

Todo el escándalo que generó la liberación sexual femenina en su tiempo, hoy discurre apacible en el seno de la sociedad que la asume o la tolera. Igual sucedió con la explotación del obrero y la violencia sindical y política, hoy son ingredientes esenciales de la vida democrática y desarrollada. La novedad siempre choca pero termina siendo asumida y alimenta la corriente de la vida y la historia.

La creatividad siempre ha acompañado a la humanidad; es nuestro origen prometeico y fáustico, pero particularmente pareciera ser necesario un período de crisis para que se potencie la inteligencia y la creatividad, por lo menos así pareciera ser en nuestra época;

después de la Primera Guerra Mundial aparecieron los llamados “locos 20” con su multiplicación de “ismos” y búsquedas de todo tipo, particularmente importante fue el arte, la arquitectura, la literatura y la filosofía de la época. Todo fue cuestionado o intentado superar, como si se presintiera la próxima guerra con sus 50.000.000 de muertos e incontables sufrimientos; la gente de los llamados países avanzados y las minorías ilustradas del mundo se lanzaron desenfrenadas a disfrutar la vida en una orgía de hedonismo y frivolidad, pero igualmente creando y re/creando el mundo con ideas y propuestas, subversivas en la mayoría de los casos y altamente creativas. Exuberancia vital de la libertad y de la cultura, donde parecía creerse de verdad que todo era posible y todo estaba permitido. Treinta años después, entre la década de los 60 y los 70 del siglo XX, volvió a repetirse el movimiento subversivo de la imaginación y la inteligencia, con su imaginación al poder y su prohibido prohibir.

El mundo se lanzaba desenfrenado hacia el futuro, especialmente los jóvenes, aunque la época no lograba trascender el optimismo trágico y el nihilismo atravesaba el siglo, lo que llevó a un autor, Martin Buber, a calificarlo como el siglo sin Dios. Otro autor, Herbert Marcuse, publicitado e influyente en su momento, se atrevía a proponernos una síntesis de Hegel,

Marx y Freud, que entusiasmó a muchos, con títulos emblemáticos como *Eros y Civilización*, *El hombre Unidimensional* y *Razón y Revolución*.

Un desconocido canadiense, Marshall McLuhan, en 1962 publicaba *La Galaxia Gutenberg*, libro anticipador de la revolución audiovisual que se avecinaba; el Che Guevara pretendía iniciar la revolución mundial definitiva y Erich Fromm nos advertía del “miedo a la libertad”.

1968 se convirtió en un año emblemático con el Mayo Francés, la revuelta estudiantil en casi todo el mundo, la Primavera de Praga y la Revolución Cultural China. Capitalismo y Comunismo eran retados a cambiar desde dentro y desde fuera, simplemente eran negados como sistemas. La humanidad, una vez más, se hizo ingenua y practicó la irrealidad como política. Los duros 80 (la década perdida) y los inciertos 90 nos volvieron a la realidad y el fin de siglo fue asumido con temor y miedo, confirmado de alguna manera en el inmediato 11 de septiembre del 2001. “Apocalipsis Now” había titulado Coppola su película sobre Vietnam; la misma frase podía repetir mucha gente, a pesar de los múltiples festejos del fin de la centuria y del milenio y el comienzo de un pretendido nuevo tiempo.

Cuando termina la Segunda Guerra Mundial en 1945, el mundo emerge de la misma como un naufragio y un *nunca más* repetido. Todas las energías se orientaron hacia la reconstrucción y la paz, la convivencia y un orden internacional estable y confiable, bajo el protagonismo de las Naciones Unidas. Rusos y Norteamericanos siguieron en competencia bajo el signo de la “coexistencia pacífica” porque en ambos lados había conciencia de lo que significaba una guerra atómica, brutalmente experimentada y vivenciada en Hiroshima y Nagasaki.

Los europeos se reconcilian y se dedican a la reconstrucción y a desarrollar el proyecto de Comunidad Europea, que hoy 50 años después, luce exitoso y esperanzador, a pesar de las muchas contradicciones y dificultades que lo amenazan, especialmente en el terreno político y constitucional.

El resto del mundo se descoloniza y todos se empeñan en el desarrollo y la promoción humana y social de todas las sociedades. La Iglesia Católica convoca el Concilio Vaticano II en un intento audaz de *aggiornamento* y de leer adecuadamente los signos de los tiempos.

El mundo de los 50, 60 y 70, a pesar de las tensiones y dificultades, lucía más seguro y estable, y el futuro inspiraba nuevamente confianza. Un libro

emblemático de la época, *En el camino* de J. Kerouac, es la expresión feliz de un estado de ánimo bastante generalizado de confianza, tolerancia y apertura. Los *hippies* norteamericanos se plantearon una nueva “arcadia” de vuelta a la naturaleza y a la vida en comunidad. Los negros norteamericanos, proclamaron con Luther King “tenemos un sueño”. Dos disparos acabaron con esta ilusión, el asesinato de Kennedy y el de Luther King, y los siguientes atentados a Robert Kennedy, a Reagan, al Papa y la muerte absurda de J. Lennon y del Che Guevara. Nadie estaba a salvo. La violencia y la muerte volvían a recordarnos el sentido trágico de la vida y de la historia que acompaña a los seres humanos.

En Venezuela también vivimos una aurora para la época, el 23 de enero de 1958, cuando cae nuestro último dictador y en Cuba, al año siguiente triunfa la Revolución Cubana, tan auspiciosa en sus comienzos; 50 años después, el héroe romántico del 59, es un despiadado anciano, aferrado al poder. Son los sueños de la razón que nos ilusionan, hasta que la misma razón, en la realidad, los convierte casi siempre en pesadillas.

1973 es otro año emblemático del siglo XX. Es el 1er. vuelo del Concorde, ese avión del futuro, que vuela entre París y Washington en apenas 3 horas y 33

minutos. Ese año se inauguraron las Torres Gemelas de Nueva York, centro financiero mundial y símbolo de la supremacía norteamericana. 30 años después las Torres no existen y el Concorde fue reducido a pieza de museo.

El mundo es y no es, al final solo sobrevive la cultura, si asumimos la definición desesperada de la misma, que es lo que queda cuando nada queda.

En 1963 el Mundo vuelve a estar al borde de la guerra mundial, con la llamada crisis de los cohetes en Cuba. En 1975, el último soldado norteamericano, abandona ignominiosamente Vietnam; Estados Unidos se acerca a China, en un movimiento estratégico, ideado por ese Metternich del siglo, que fue Kissinger.

Cae el Sha de Persia frente a la arremetida de los Ayatollas y la crisis petrolera pone a temblar a los países avanzados. El Tercer Mundo busca su lugar en la historia y se crea el movimiento de los “no alineados”. Se produce el Golpe de Estado contra Allende. Muere Picasso a los 91 años, artista emblemático del siglo.

Líderes disímiles y característicos se unen en una causa común: Tito, Nehru, Sukarno, Nasser, son algunos de los nombres que los expresan y representan y dos nombres particularmente destacan al final: Gandhi

y Mandela, cada uno en su tiempo y circunstancia, llegan a encarnar como nadie, el ansia de libertad y dignidad de los pueblos oprimidos y son los pocos que han sobrevivido al tiempo, ya que la mayoría de los otros terminaron siendo dictadores y tiranos de sus propios pueblos.

Si bien la política es agitada y la economía marcha con sus acostumbrados altibajos, en los últimos 50 años del siglo, se impone un cambio definitivo e irreversible cuyas consecuencias están en pleno desarrollo: el impacto tecnológico y la liberación sexual con incidencia determinante en la mujer, en su psicología y en su conducta.

La tecno/ciencia pasa a dominar nuestro horizonte histórico y se termina definitivamente el silencio de la mujer en la historia. El arte, la literatura y el cine marcan la pauta cultural, la humanidad contemporánea quiere divertirse y vivir en paz.

Pero la cotidianidad de todos es trastocada y la vida social es sometida a unos cambios profundos y acelerados.

En la sociedad urbana los problemas tienden a parecerse, no importa a cual país se pertenezca; las preocupaciones de los individuos son las mismas así como las soluciones que cada sociedad genera. La civilización urbana es una sola y la mayoría de

la gente se identifica en lo mismo. La publicidad marca la pauta y el consumo es la consecuencia, el centro comercial se convierte en el epicentro de la vida contemporánea, en una feria de ilusión y vanidad casi absoluta, pesadillas con aire acondicionado, los llamó Henry Miller.

La moda prevalece: una manera de vestir y hablar, de gestualizar, de comportarse, de comer y entretenerse; el hombre/masa, fenómeno típico del siglo XX, se ha generalizado en todos los continentes y en todas las culturas. Los temas son iguales en todas partes y casi se puede hacer un catálogo de los mismos.

Con el derrumbe de la Unión Soviética, en la geopolítica mundial, se consolida la hegemonía de los Estados Unidos, ¿por cuánto tiempo?

El mundo sigue moviéndose igual que cada sociedad. Los interrogantes son muchos más que las respuestas. El siglo XX terminó y permite ser interrogado para quizás aprender algunas lecciones.

Todo lo que se diga de él será insuficiente. Es demasiado pronto para comprenderlo todo y mucho menos para saber lo realmente importante que ocurrió en esos 100 años. La historia del historiador es una lectura y una escritura incompleta e imperfecta por definición.

II

Para un venezolano de cualquier edad, igual que para un latinoamericano y para cualquier habitante del planeta que no sea europeo, ruso, japonés o norteamericano, la primera mitad del siglo XX, con su guerra mundial de 31 años (1914-1945) no le dice mucho directamente, aunque estos acontecimientos formen parte de nuestra información y horizonte histórico.

Siendo el escenario el mundo, realmente la Primera y Segunda Guerra Mundial es un asunto europeo en la medida que allí entra en crisis y se pone fin al control del mundo por parte de algunos países europeos, proceso que viene desde la antigüedad clásica, pero que se define en términos modernos a partir de 1492, con el llamado descubrimiento de América. Son 500 años de colonialismo e imperialismo que hace crisis y desaparece casi por completo en 1945,

cuando la primacía pasa a otras potencias y el mundo realmente es otro, en términos geopolíticos, aunque no desestimamos la importancia económica y cultural que ha seguido teniendo y tiene Europa, especialmente la llamada Europa Occidental.

Las guerras mundiales fueron verdaderas carnicerías, holocaustos humanos; en términos numéricos, en relación con los conflictos anteriores, no hay comparación: 50.000.000 de víctimas es demasiado; en la guerra franco/alemana de 1870-71, los muertos de ambos bandos, no pasaron de 150.000.

Las guerras mundiales fueron bárbaras, primitivas e irracionales, pueden ser explicadas, nunca justificadas, y esto nos lleva a un problema nunca resuelto en la historia: el porqué de la violencia y las guerras en la historia. Teólogos y filósofos han elaborado sus respuestas, el historiador las registra, estudia y trata de entenderlas en su propia dinámica.

Con todo, es conveniente constatar, que después de esta gran matanza y gracias al temor atómico, la humanidad tiene más de 50 años de paz mundial; esto lo entendemos no como si hubieran desaparecido las guerras, sino que se ha evitado afortunadamente hasta hoy, otra conflagración mundial como las de 1914-18 y 1939-45.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, las puertas del futuro se abrieron como las puertas del infierno, lleno de amenazas y temores. El período de guerras que terminaba creó una agenda terrorífica de cara al futuro y que fue insensibilizando, desgraciadamente, a la mayor parte de la humanidad; la diferencia es que ahora, en los últimos 50 años, en la 2da. mitad del siglo XX, los muertos, los refugiados y los desplazados los pone el llamado Tercer Mundo. El Mundo desarrollado ve con satisfacción lo logrado de 1945 para acá, ellos se han estabilizado y han prosperado, pero la mayor parte del mundo no y eso es lo que crea a mi juicio, esa falta de perspectiva y objetividad en los políticos y académicos de esos países, que no logran entender realmente lo que pasa en el mundo, desde las seguras, confortables y agradables riberas del Sena, del Támesis, del Hudson y del Potomac.

El mundo, que siempre conoció el horror de la violencia y la guerra, lo generalizó, lo profundizó y se insensibilizó frente al mismo, mientras estuviera lejos de nuestro confort y de nuestras fronteras, insensibilidad que comparten las *elites* de los países del Tercer Mundo, elites egoístas y miopes y psicológicamente ausentes de sus propios países.

La guerra y la paz, resume y expresa como ningún otro tema la historia humana; hoy la paz es un tema ecológico, porque implica la sobrevivencia de toda la especie humana y del propio planeta tierra.

La guerra ha cambiado de naturaleza, ya no son episodios circunstanciales que afectaban básicamente a los hombres de armas; hoy la guerra es total e incluye y amenaza a todos. De hecho, en las guerras del siglo XX, las principales víctimas, son civiles de todas las condiciones y edades. Hasta el siglo XVII la guerra era cosa de profesionales, en muchos casos mercenarios. Con el surgimiento y afianzamiento del Estado nacional, los ejércitos se hacen nacionales y con la Revolución Francesa se extiende el servicio militar a toda la población con carácter obligatorio.

La guerra fue mitificada y los “héroes” pasan a ser los nuevos dioses del panteón patrio. Inclusive hubo autores y teorías que exaltaban la guerra como una necesidad histórica para depurar, avanzar y progresar.

El heroísmo pasó a ser doctrina oficial de la educación y de los Estados, hoy sabemos cuanta ignominia y mentiras escondía este culto. Sabemos lo inútil y dañino del heroísmo cuando se trata del dolor de los demás. Inclusive hoy el heroísmo individual

desaparece en la guerra tecnológica que destruye y mata de manera anónima.

Para la humanidad que no se involucró directamente en las Guerras Mundiales, terminó siendo cine y literatura; para quienes la padecieron es un mal recuerdo que todavía a muchos estremece.

La otra cara de la guerra en el siglo XX fue la revolución con su carga de violencia y utopía. A la larga fue otro fraude y otra estafa, los pueblos fueron engañados y lanzados a otra ilusión milenarista, la reducción definitiva de los pobres y la liberación de los oprimidos. El profeta mayor fue Karl Marx, judío alemán exiliado en Inglaterra, que armado de Hegel, Adam Smith y David Ricardo, hizo la disección lúcida del capitalismo de la época y estableció su anatomía y sus patologías; pensador importante, dudo que anticipara o previera lo que sus ideas identificaron o definieron.

La Revolución se piensa como una consecuencia natural del desarrollo industrial y el protagonismo de la clase obrera; a la larga terminó siendo un movimiento anclado en el atraso y en el nacionalismo. Así fue en 1910 en México, en 1917 en Rusia, en 1948 en China, en 1959 en Cuba. Era una cita con la historia y una pretensión, a veces lograda, de aceleración histórica.

La Revolución emblemática fue la rusa, que recorrió el siglo, desde el comienzo hasta el fin. Producto de las guerras mundiales o entroncadas directamente a ellas, la revolución recorre el mundo liderizada por la revolución bolchevique de 1917.

Este fenómeno revolucionario se extiende como un incendio en la pradera y se asimila al proceso de descolonización, liberación nacional y desarrollo que agita a casi todos los países, especialmente en el llamado Tercer Mundo.

Con el colapso de la Unión Soviética pareciera un proceso cancelado, pero no es así si tomamos en cuenta que China, además de Vietnam, Corea del Norte y Cuba, siguen gobernados oficialmente por el partido comunista respectivo.

En el siglo XXI el mundo es otro pero la revolución no está eliminada como posibilidad; seguramente será diferente aunque el problema de fondo subsiste, la pobreza generalizada y los grandes desequilibrios mundiales. En África y Asia esto es cierto y también en América Latina, con su larga tradición de guerrillas rurales y resistencias indígenas. Para testimoniario tenemos en México el grupo guerrillero zapatista; en Centroamérica un sandinismo domesticado pero latente; la revolución cubana, tercamente sobreviviente y en el resto del continente diversos movimientos

rurales e indigenistas. El que crea que la revolución está cancelada, está equivocado, aunque evidentemente su ideología, teoría y práctica serán distintas a las conocidas, porque los tiempos son otros, aunque los problemas siguen siendo los mismos, inclusive cuantitativamente acrecentados.

La economía es el gran descubrimiento de las masas en el siglo XX, tanto que llega a confundirse con la política. Hasta nuestro siglo, la economía era asunto de expertos y de gobiernos; hoy, cualquier ciudadano, está informado de la terminología básica y del funcionamiento de la economía: términos como *inflación, inversión, flujo de capitales, comercio internacional, índices de precio al consumidor, producto interno bruto*, etc... son moneda corriente en el lenguaje cotidiano del común, y ello tiene que ver, no solamente, con el mayor nivel educativo alcanzado por la mayoría de la población y por el manejo y divulgación de esta terminología por parte de los medios de comunicación de masas, sino por el hecho cierto que en el siglo XX, la misma generación ha vivido todas las etapas del ciclo económico, desde el crecimiento hasta el estancamiento y la crisis, y particularmente sensibilizó al hombre contemporáneo sobre esta materia la llamada Gran Depresión de 1929, que recorrió al mundo y no dejó a ningún país indemne, aunque de

manera paradójica, quienes sufrieron menos, fueron los países más atrasados y con menos participación en la producción industrial y en el comercio mundial, refugiados como estaban en sus precarias y atrasadas economías rurales de subsistencia.

La ventaja de la visión retrospectiva es que nos permite intentar ser sabios; conociendo las consecuencias y desviaciones de los hechos los podemos calibrar e interpretar con mayor pertinencia y ponderación.

En la primera mitad del siglo XX todo está indicado e interrelacionado (siempre ha sido así en todas las épocas); la guerra desencadena la revolución y ésta desestabiliza la economía y la política. En el fondo es el liberalismo decimonónico que se queda sin respuesta frente a los nuevos retos y problemas.

El economista más influyente de este período y el que leyó e interpretó los signos de los tiempos más adecuadamente, John Maynard Keynes, publica en 1936 su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, como consecuencia de su experiencia de la Primera Guerra Mundial y la gran depresión. El mundo, una vez más, no es el mismo, por consiguiente, el capitalismo no era el mismo y las soluciones y alternativas en disputa antagónica, se situaban a la izquierda, con la URSS a la cabeza, que para aquel momento comenzaba a ser un modelo económico exitoso de

crecimiento y expansión, y a la derecha, con el éxito fascista en Italia (1922) y nazi en Alemania (1933) y su radical y exitosa economía de crecimiento, expansión y pleno empleo; en el centro, pudiéramos decir hoy, un liberalismo reformado y heterodoxo, alimentado también desde la izquierda con la social-democracia no comunista y su planteamiento sindical y obrero.

Desde el siglo XVIII en adelante, con la llamada Ilustración, se fue imponiendo en el mundo la idea de progreso y civilización como una tendencia o ley fundamental de la historia. Al finalizar el siglo XIX la convicción era casi general. El modelo político dominante, era el constitucional democrático y los procesos electorales se convirtieron en el árbitro y el termómetro de la política liberal y democrática. Todo esto cambió radicalmente; entre 1914 y 1945, al finalizar la Primera Guerra Mundial solo subsistían como democracias formales en Europa, unos 5 países y en el resto del mundo no más de una docena.

La guerra, la depresión, el comunismo, y el nazi/fascismo acabaron momentáneamente con la idea democrático – liberal de progreso y civilización. Después de los horrores del Holocausto nazi, del Gulag soviético y de la bomba atómica norteamericana, el espacio para el futuro prácticamente quedaba cerrado.

En la historia todo tiene una causa y produce un efecto, no importa si se corresponde o no con la realidad, lo importante es que permita una explicación. La ley de la causalidad rige la historia, aunque estas causas y estos efectos solo existan en la imaginación del historiador.

En este sentido existe un gran consenso historiográfico para explicar en la primera parte del siglo, la relación de causa y efecto, entre la guerra y la revolución, el fascismo y la depresión. Europa asumió su destino trágico como muy pocas veces lo había hecho antes en la historia. Mucha gente creyó de verdad, que el mundo estaba decidiendo entre el fascismo y la revolución, como después, en la época de la guerra fría, se volvió a caer en la misma trampa simplista y maniquea, que había que optar entre capitalismo y comunismo. Dilema falso y acuciante, que conduce a las sociedades a todo tipo de fanatismo e intolerancia como fue en su momento el nacionalismo xenófobo, el antisemitismo destructivo, o el “Macartismo” y anticomunismo fanático. El modelo fascista es un proyecto latente en todas las sociedades desquiciadas y asustadas, como dice Hobsbawm “las condiciones óptimas para el triunfo de esta ultraderecha extrema eran un estado caduco, cuyos mecanismos de gobierno no funcionaron correctamente; una masa de ciudada-

nos desencantados y descontentos que no supieron en quien confiar; unos movimientos socialistas fuertes que amenazasen o así lo pareciera la revolución social, pero que no estaban en situación de realizar; y un resentimiento nacionalista contra los tratados de los años de 1918-1920”.

En América Latina el fascismo, nunca tuvo ninguna posibilidad de triunfar, dadas las características propias de nuestras sociedades, pero si tuvo líderes que de una u otra manera se inspiraron e imitaron la retórica y estilos del liderazgo, como el caso de Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Gaitán en Colombia; el primero era agregado militar en Roma cuando el ascenso del fascismo al poder y el tercero, estudió en Roma, su postgrado de abogado, en plena época fascista.

La democracia como sistema de consenso y convivencia siempre ha estado en peligro, especialmente en las épocas de conflictos y crisis económicas; pero sigue siendo hasta hoy el menos malo de los sistemas políticos conocidos; argumento débil si se quiere, pero inevitable y que no nos exime de cara al futuro, de asumir el sistema como perfectible y en reforma permanente, garantizando los valores fundamentales del ser humano y sus intereses legítimos.

Un debate sin conclusión es preguntarse si la historia tiene algún sentido; historiadores y filósofos se han pronunciado al respecto y las respuestas son casi tan numerosas como los autores que han opinado. Lo que parece evidente es lo afirmado por Tucídides: la historia no se repite aunque el hombre siempre se repite a sí mismo.

Igualmente evidente es la presencia permanente en la historia de lo racional y lo irracional; pero resulta difícil ponderar en cada hecho o circunstancia lo subjetivo y lo objetivo.

No hay duda del papel de las grandes personalidades, pero igualmente cierto es como estas figuras resultan empujadas frente a factores geográficos, históricos, económicos, religiosos, sociales, políticos y culturales. Es una discusión abierta y sin conclusión, de allí la pertinencia de la frase “el pasado es el prólogo”, lo que nos permite el conocimiento retrospectivo y nunca el anticipatorio. La historia es impredecible como la vida, pero en ambos casos podemos proyectar e imaginar su probable curso.

El siglo XX en retrospectiva es el momento de mayor esplendor de Europa y su colapso es la culminación de la dominación colonial e imperial de Europa sobre el mundo, 1945 es la fecha que le pone fin a esa hegemonía. En los siguientes 30 años, el mundo se

encuentra desarrollando y consolidando los proyectos nacionales, proceso que todavía no termina y muchos de los conflictos actuales tienen que ver con ello.

La Segunda Guerra Mundial es un hito dramático entre un mundo que fenece y otro que emerge.

No solamente el mundo derrotó la ideología nazi, avasalladora y totalitaria, sino que reivindicó lo mejor de la tradición ilustrada y revolucionaria europea y abrió las puertas a la reforma y al cambio, tanto dentro del sistema capitalista como dentro del mundo comunista, precisamente este colapso en la URSS fue porque no supo renovarse desde adentro. La Iglesia Católica lo hizo con el Concilio Vaticano II; el mundo capitalista con la apertura libertaria de los años 60 y 70 y el comunismo sobreviviente, particularmente el chino, con su apertura y reforma y su inteligente y pragmático “un Estado y 2 sistemas”, la llamada civilización occidental se hace universal y se convierte en patrimonio de la humanidad, tanto la herencia ilustrada francesa, como la inglesa y norteamericana; igualmente el aporte comunista y socialista. 1789 y 1917 son fechas alegóricas de la modernidad mundial, no tanto por lo que lograron sino por lo que desencadenaron.

Hoy por hoy ninguna nación que se pretenda moderna y civilizada puede evadir la revolución

tecno/científica y comunicacional; la democracia en su acepción mas profunda y amplia; la libertad, la igualdad y la fraternidad, los derechos humanos y la protección al planeta; la humanidad en la segunda mitad del siglo XX, era muy diferente a la de los 50 años anteriores.

Esta nueva etapa de la historia que empieza en 1945, significó una nueva geopolítica, negociada entre los 2 verdaderos vencedores de la guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. No todo era nuevo realmente, muchos viejos problemas subsisten y siguen vigentes; pero el poder y las circunstancias mundiales cambiaron. El temor a la guerra atómica nos dio medio siglo de relativa paz y estabilidad mundial; la gran depresión enseñó el camino de la reforma económica y social y los horrores del primer medio siglo obligó a intentar desarrollar proyectos políticos negociados a todos los niveles y de alguna manera nos enseñó a ser más tolerantes. El mundo vuelve a estar peligrosamente desequilibrado con la hegemonía incuestionable en el campo militar de los Estados Unidos.

Esta unipolaridad no le conviene a la humanidad; pero igualmente cierto es el desarrollo de proyectos multipolares que hay que seguir con esperanza pero igualmente con temor: China, India, Japón, la Comunidad Europea, Brasil son procesos abiertos.

El mundo sigue siendo peligroso, pero creo que siempre ha sido así; la política no trabaja para la eternidad ni hay soluciones únicas y definitivas. El siglo XX nos enseñó los peligros de la guerra, con un dramatismo nunca antes conocido, pero igualmente, la esperanza de una paz posible y un desarrollo adecuado para toda la humanidad.

III

Cuando con el paso del tiempo, se diluyan y diferencien hechos y personajes del siglo, especialmente los actores políticos y bélicos, el siglo XX será recordado como un gran siglo, en términos de ciencia y cultura. Las crisis parecieran ser tierra propicia para la creación y la innovación tal como ha ocurrido de manera abundante en el siglo XX.

La creación necesita de la libertad como elemento fundamental, así quedó demostrado a comienzos del siglo con las vanguardias culturales alemanas y rusas, agotadas y exiliadas apenas llegaron Hitler y Stalin al poder. París, ciudad emblemática de la cultura en el siglo XX, demuestra lo afirmado; su principal mérito es la libertad y tolerancia que allí se impuso.

La cultura del siglo XX es fundamentalmente visual, la fotografía y el cine pasan a dominar de ma-

nera absoluta. Las vanguardias y los muchos “ismos” comienzan siendo provocadores y subversivos. La idea era experimentar y escandalizar a la pacatería y al conformismo burgués dominantes. Después vino el compromiso político y de manera más profunda e inconsciente, la intuición de un mundo que se desmoronaba.

El artista y el literato anticiparon el desastre desde una literatura del absurdo y desde un arte que propugnaba el caos en la forma y el color, deformando y mezclando, confundiendo y exacerbando lo empírico y lo inconsciente: “en los días en que el mundo se desplomaba en la hora en que cedieron los cimientos de la Tierra”, escribe Hobsbawn, y Walter Benjamín al observar el cuadro de Paul Klee “Angelus Novus”: “Ha vuelto el rostro hacia el pasado; donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer a los despedazados. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja indeteniblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen

ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

El escritor español Ortega y Gasset acierta al titular su libro *La rebelión de las masas*; realmente el siglo XX es el siglo en el cual las grandes mayorías populares adquieren verdadera presencia histórica y carácter protagónico y por ello y para ello la cultura se transformó de manera radical y profunda.

La expresión de esta nueva realidad se fue concretando de manea efectiva en la aparición y desarrollo de nuevas tecnologías comunicacionales: prensa, cine, radio, discos, C.D. televisión, que terminarán configurando la nueva cultura de masas que abandona parcialmente la tradición y se asume en una vanguardia permanente, producto de la moda, la propaganda y la publicidad y al final del siglo, termina arropándolo prácticamente todo, desde el trabajo al ocio, desde la educación al entretenimiento.

Hoy las grandes mayorías del mundo comparten básicamente las experiencias fundamentales de la vida, en un mundo cada vez más global y unidimensional. Esta es una verdadera revolución cultural, que apenas comienza. El proceso ha sido tan acelerado y cambiante que todavía no se ha reflexionado suficientemente sobre el mismo, aunque existe abundante

bibliografía sobre cada una de las manifestaciones culturales citada.

La hegemonía indiscutible la ha tenido Estados Unidos que industrializó las tecnologías respectivas y las convirtió en un negocio global; todo ello ha facilitado o reforzado su predominio económico, militar y político, lo que ha llevado a algunos autores exageradamente, a calificar al siglo XX como el siglo norteamericano. Se comparta o no esta tesis, para un joven venezolano de los años 60 la presencia e influencia norteamericana era avasallante, inclusive si se la pretendía rechazar.

La música, el cine, el béisbol, venían del norte, las modas juveniles, inclusive la protesta con la identificación con el movimiento *hippie*, el *black power* y el rechazo a la guerra del Vietnam. Solo más adelante se valoriza a Europa y particularmente París, como ícono bohemio y artístico de las vanguardias y las modas filosóficas y literarias.

Nuestra identificación era absoluta con el proyecto democrático aunque muy tempranamente nos diéramos cuenta de sus limitaciones y desviaciones. El mundo de los 60 y 70 (al menos para los jóvenes) era luminoso y esperanzador; se militaba en las mejores causas y de verdad se pensaba en una época de utopías posibles y futuros confiables.

En la relatividad del tiempo y la memoria, que lejos lucen 1945 y 1989, fin de la Segunda Guerra Mundial y fin de la Guerra Fría, con el derrumbamiento de la Unión Soviética. La Guerra Fría marcó profundamente, por lo menos a dos generaciones y fue la amenaza mutua por el dominio mundial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que involucró de una u otra manera todos los países del mundo.

De la “detente” de los años 50 y 60, con sus crisis de Corea, Vietnam, Berlín y Cuba; se pasó a la “distensión”, coexistencia pacífica de dos potencias, cuyos dirigentes entendieron el riesgo y el verdadero significado de una guerra atómica. Equilibrio del terror, se le llamó, pero que permitió una paz mundial de más de 50 años, a pesar de que el mundo no dejó de vivir conflictos diversos y guerras locales, especialmente en el explosivo y siempre peligroso Medio Oriente.

El Mundo puso fin al llamado período imperialista (en sentido decimonónico) y decretó un masivo proceso descolonizador, cuyos antecedentes más lejanos fueron la independencia norteamericana y los procesos emancipadores de América Latina, que abarcaron todo el siglo XIX.

Siria y el Líbano se hicieron independientes en 1945; la India y Pakistán en 1947; Birmania, Ceilán

(Srilanka); Israel e Indonesia se crean en 1948. Mao y el Partido Comunista asumen el poder en China, en 1948. El sudeste asiático (Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia) se independizaron de los franceses; una década después, toda África se descoloniza y a finales del siglo, es derrotado el *apartheid* racista en Sudáfrica y la mayoría negra de ese país se hace con el poder, encabezado por ese líder emblemático Nelson Mandela como unos años antes lo había sido Gandhi.

La historia del Mundo deja de ser, en términos geopolíticos, europea, aunque Europa se niega a renunciar a su cuota de futuro y se reconstituye sobre otras bases de integración y unidad, primero como Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951); después como Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957) y a partir de 1993 en Unión Europea, proceso que continua con los mejores auspicios en términos económicos y que ya agrupa a una veintena de países y representa unos 400 millones de habitantes en un territorio aproximado de 4.000.000 de Km², con una influencia y un potencial creciente, a pesar de las dificultades políticas y constitucionales todavía por vencer, antes de llegar, a la no fácil construcción de un Estado Federal único.

Después de 1.000 años de confrontaciones y

todo tipo de diferencias y desconfianzas, los europeos entendieron que la historia es una trituradora implacable de pueblos y naciones que no saben adaptarse y cambiar. Para ello se necesitó mucho sufrimiento y voluntad política adecuada, como la expresada por De Gaulle y Adenauer, que el 8 de junio de 1962, en la emblemática catedral de Reims, sellaron la reconciliación formal y oficial entre Francia y Alemania.

La guerra fría oficialmente terminó en las cumbres de Reykiavik (Islandia) en 1986 y Washington (1987) protagonizadas por Reagan y Gorbachov.

La Unión Soviética vivía su agonía como Estado Comunista; no logró sobrevivir al proceso de reformas iniciado por Gorbachov, conocido como la *perestroika* y el *glasnost*, reforma y apertura, que culmina en 1989 con el colapso o implosión del imperio soviético y la reaparición en la historia de la vieja Rusia (1989-91) debilitada y en crisis, pero a la cual no hay que subestimar en los futuros escenarios geopolíticos mundiales y que sigue siendo una potencia nuclear y militar con un potencial nada despreciable.

En los años 50, 60 y 70, el fenómeno histórico por excelencia fue el crecimiento económico impresionante en casi todas las regiones del mundo. Fue la época de los llamados “milagros económicos” que

llevó prosperidad y expectativas de desarrollo a casi todos los países.

El “boom” tecnológico y consumista se hizo presente; las expectativas de vida aumentaron y en general, los niveles de consumo y confort. La civilización moderna unidimensional se hizo general y la sociedad urbana prevaleció en todos los órdenes.

En los 80 y 90 el proceso sufre un estancamiento y a nivel de las Naciones Unidas, se habla de la década perdida. El mundo de finales de siglo ha cambiado profundamente pero una nueva contradicción se hace visible, la lucha creciente entre pobres y ricos en el interior de cada sociedad y entre los diversos países, tanto es así que la confrontación Este-Oeste, usando el lenguaje de los medios de comunicación, le da paso a la nueva división del mundo Norte-Sur.

Paradojas e ironías de la historia, la tarea nunca termina, de allí que resulta falso el superficial e interesado planteamiento de Fukuyama sobre el fin de la historia; ésta avanza, pero engendra permanentemente nuevos retos y nuevas contradicciones como si Vico y Hegel tuvieran razón con su visión pendular y dialéctica del devenir.

Los años dorados solamente existieron en los libros y en las teorías de los autores con una visión optimista y racional de la historia; mientras que otros

muchos autores, pesimistas, milenaristas o apocalípticos, asumieron el fin de la centuria y el milenio con preocupaciones y predicciones verdaderamente catastróficas. Como siempre, la sabiduría griega, nos ayuda a asumir un prudente, y no desesperanzado punto medio, en donde, sin ignorar las dificultades y los riesgos la humanidad, no renuncia al futuro.

El camino no va a ser fácil; el armamentismo generalizado y el terrorismo, así nos lo advierten, además de los otros muchos problemas, viejos y nuevos, presentes en cada sociedad y en el mundo que pueden resumirse en la falta de igualdad y justicia y las amenazas permanentes a la libertad, para no enumerar la larga lista de agravios que acosan a la humanidad contemporánea, lo que nos obliga todo el tiempo a cultivar nuestra conciencia y compromiso histórico y a militar activamente en las causas del ser humano, que no es otro que el humanismo entendido o traducido como “morar cerca de Dios”. Si el siglo XX, en algún sentido, fue identificado como el siglo sin Dios, el XXI tiene que ser todo lo contrario, lo que en términos operativos hemos identificado como la subordinación de la política, la economía y la ciencia a la ética. Reivindicar de manera plena y absoluta la condición ética del ser humano.

IV

Los historiadores siempre han discutido sobre los aspectos o factores dominantes en la historia. Hicimos referencia al papel de los individuos, los llamados grandes hombres, sin duda importantes, pero que sin las condiciones y circunstancias adecuadas, no habrían pasado de ser personajes secundarios o comunes; Bolívar lo supo muy bien cuando observó que sin las circunstancias de la Independencia no hubiera pasado de ser alcalde de San Mateo.

Todas las tesis deterministas y unilaterales son insuficientes, así pasó con el determinismo geográfico, económico o cultural, reduccionismo simplista, que en último caso puede conducir a peligrosos planteamientos de corte racista, fundamentalistas y excluyentes, como es el caso de la ideología nacionalista, llevada al extremo o como fue el racismo nazi, de una pre-

tendida raza superior y como peligrosamente siguen creyendo los gobiernos de Estados Unidos y muchos norteamericanos, de que este es un país bendecido particularmente por Dios y llamado a un destino manifiesto de supremacía y dominio del mundo.

El análisis empírico de la historia ha demostrado que esto no es así, todo es importante en un momento determinado y la causalidad y el azar también tienen su papel.

Lo que resulta evidente es que en los procesos históricos, si bien la política ocupa la primera fila del escenario, con sus personajes, intrigas y acciones, es la cultura, la economía y la sociedad quienes definen a la larga los acontecimientos en función de múltiples aspectos y elementos; la búsqueda del poder y la supremacía es uno de ellos y desde el punto de vista psico-social-cultural, las sociedades terminan viviendo y actuando de acuerdo a sus mentalidades, creencias y cultura. Lo que también resulta evidente es que en la historia humana hay ciclos y tiempos; hay unas inercias y unas dinámicas, unos ponderables y unos imponderables, de allí que la historia sea impronosticable por definición y que la sabiduría del historiador, siempre será retrospectiva.

Con respecto al siglo XX y en general en la historia de la modernidad, la economía se hizo visible

como en ninguna época anterior, o por lo menos, el pensamiento y la teoría económica hicieron posible y analizable lo que siempre estuvo presente en la historia humana, pero no era percibido por la mayoría de las personas.

La economía política es una elaboración teórica de los últimos 300 años, así como el desarrollo de las ciencias sociales, que tantos instrumentos de análisis y comprensión le ha proporcionado al historiador del siglo XX.

La economía del mundo, a partir de 1945 y por casi 30 años, hasta la década de los 70, dio un salto espectacular, en términos cuantitativos y cualitativos, provocando cambios en los individuos y en las sociedades como nunca antes habían ocurrido.

A partir del acuerdo de Bretton Woods, en 1944, la economía norteamericana y el dólar se convierten en el referente principal y la principal influencia en el proceso económico mundial y así se evidenció y evidencia en la influencia determinante de Estados Unidos en el Fondo Monetario Internacional (FMI), en el Banco Mundial (BM) y el Banco para la Reconstrucción y el Desarrollo. Igualmente fue evidente la influencia en el GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio). 50 años después, estos mecanismos todavía subsisten y siguen ejerciendo su influencia

a pesar del tiempo transcurrido, complementados en los últimos años, con el encuentro anual de Davos, en Suiza y el grupo operativo de jefes de estado, denominado el G-6 (Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia) y posteriormente ampliado con Japón, Rusia y la eventual inclusión de Brasil.

La lección de la primera mitad del siglo aparentemente había sido aprendida, la de estructurar economías mixtas en un punto de equilibrio entre la teoría liberal y la experiencia capitalista y la teoría marxista y la experiencia soviética, especialmente en lo que a la planificación se refiere. El nombre dominante es el de Keynes y la experiencia más demostrativa, el New Deal Rooseveltiano.

No ha sido fácil llegar a ese punto, pero las circunstancias y las experiencias que se derivaron de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial lo facilitaron. De hecho, en las economías capitalistas, obligadas a una economía de guerra, hubo que planificar e intervenir precios, costos y mercados. Por el lado de la izquierda reformista y democrática, también se aprendió la lección, laboristas y socialdemócratas, paulatinamente fueron abandonando los dogmas del marxismo más ortodoxo y se fueron plegando a las reformas y exigencias de una economía mixta. La lucha de clases fue sustituida en la práctica por la

colaboración y el esfuerzo compartido. Capital y trabajo tuvieron que acercarse y negociar en beneficio del interés mutuo; así lo entendieron los comunistas y socialistas italianos cuando tuvieron que bajar la guardia con respecto a paros y huelgas crónicas que amenazaban con arruinar toda la economía italiana, con evidente perjuicio para todos y especialmente para la clase trabajadora, situación que recogió y expresó muy bien una canción de moda en la época que dice con toda la picardía del caso: *chi no lavora non fa l'amore*. Marx y Adán Smith se encontraron a mitad de camino, lección que hoy asume a plenitud China, con extraordinarios resultados y que resumió muy bien, algunos años atrás, el líder político laborista israelí Simón Peres, cuando dijo que las economías modernas y los gobiernos y países de hoy tenían que aprender a producir como capitalistas y distribuir como socialistas.

Libros emblemáticos en esta dirección fueron: *El futuro del socialismo* de Crosland, *La sociedad opulenta* de Galbraith, *Más allá del estado del bienestar* de Myrdal y *El fin de las ideologías* de Bell, todos escritos entre 1956 y 1960. El capitalismo en los últimos 200 años ha experimentado de manera cíclica crecimiento y estancamiento cada 50 años (ciclo Kondratiev), lo que ha cambiado es la intensidad y

profundidad de los cambios producidos; la gran pregunta es sobre si hemos aprendido a sortear las crisis de manera definitiva sin caer en guerras y depresiones apocalípticas. Este es el gran interrogante hoy, en este comienzo de siglo, con una economía mundial, con oscilaciones periódicas peligrosas y desequilibrios crecientes.

La humanidad ha aprendido a crecer económicamente, ¿para siempre? La experiencia nos hace ser cautos con la respuesta; ¿cómo garantizar empleo y seguridad social, permanentemente y para todos? ¿Cómo lograr y satisfacer para todo el mundo las expectativas crecientes que se han creado de calidad y bienestar, servicios, recreación, etc...?

Las respuestas no son fáciles pero hay que encontrarlas y a tiempo, para evitar, una vez más las secuelas apocalípticas de las crisis económicas: hambre, guerra, enfermedades.

¿Un salto hacia delante o mirar hacia atrás?

Comenzando el 2004 las amenazas se siguen acumulando. En el 2003 el crecimiento económico (PIB) fue bastante mediocre: Estados Unidos: 3.9, América del Sur: 3.6; Europa: 2.0 y la zona del euro: 1.9; Japón: 1.4; China: 7.5; India 5.9; Medio Oriente: 4.6 y África: 4.8 para un promedio mundial de: 3.2 en el 2003. Para el 2004 se proyecta un 4.1 y en el

2002 fue de 3.0. Estas son cifras que dejan mucho que desear y constituyen no solamente una amenaza sino un reto. Lo cierto es que la humanidad en su conjunto vuelve a estar amenazada y una vez más, el primer campo de batalla va a ser la economía. De hecho, en los últimos años, se ha llegado casi a reducir la acción de los gobiernos nacionales en la economía y ésta, no solamente es un problema de producción y distribución, sino también de gerencia y administración.

El reto tecnológico puede ayudarnos a salir airoso de la prueba, pero no es suficiente porque el problema de fondo sigue siendo básicamente el mismo, una economía para la acumulación egoísta de unos pocos o una economía para la igualdad, la fraternidad y la libertad y de paso, que permita preservar al planeta y seguir creciendo.

En América Latina y en Venezuela, el siglo XX fue intenso y complejo y en la segunda mitad del siglo con complicaciones crecientes. Nuestro país es un buen ejemplo; el siglo XX ha sido nuestro mejor siglo en términos de crecimiento económico y en cuanto a la consolidación de una sociedad moderna, democrática y pacífica. Pero el agotamiento del modelo modernizador en la década de los 80, por falta de reformas oportunas, un liderazgo desgastado y una sociedad bastante cómplice, hace que el país entre en

una crisis que lleva más de 20 años de desarrollo, con posibles desenlaces preocupantes, por lo menos en el corto plazo. El modelo rentista ha muerto desde por lo menos a finales de la década de los 70 y no hemos logrado reemplazarlo con una economía moderna y diversificada.

Para el escritor Picón Salas, Venezuela entra al siglo XX en 1936, con la muerte del autócrata Juan-Vicente Gómez; nuestra economía y sociedad venían sufriendo importantes y acelerados cambios, debido a la aparición y explotación en gran escala del petróleo, desde 1914. Y en 1922, éste desplaza al café y a los otros productos agrícolas y se convierte en nuestro principal producto de exportación, posición que mantiene.

Con el petróleo, fraguó el proyecto modernizador y democrático que se fue desarrollando en fechas y jornadas emblemáticas, aunque todavía en discusión: 1936, 1945, 1958, 1983. La sociedad venezolana ha cambiado profundamente, aunque la economía sigue siendo básicamente la misma y sigue girando en torno al petróleo. Creo que éste es el fracaso más importante de nuestro sistema político y de sus dirigentes, dictadores o demócratas, incluido el actual gobierno. En Venezuela ser gobierno es fácil, para mal administrar la renta petrolera y dilapidarla en la corrupción

y el populismo. La economía venezolana es simple, todo gira en torno a los precios del petróleo, si están altos, creemos que las cosas van bien; si caen, no asumimos la responsabilidad de nuestros problemas y dificultades.

El país, a pesar de todo, ha avanzado socialmente de manera impresionante, con una clase media y una elite, típica de las sociedades modernas urbanizadas, una cultura democrática y estructuras e instituciones, con muchas limitaciones, pero potencialmente rescatables para un nuevo proyecto modernizador y democrático.

Nuestro principal problema, es que en el camino, fuimos abandonando aproximadamente, a la mitad de los venezolanos, en el atraso y la pobreza. Somos como dos países y dos sociedades en pugna. Sufrimos de tiempo, un tiempo viejo que no termina de irse y un tiempo nuevo que no termina de nacer.

V

Otro concepto, cada vez más anacrónico, es el de mundo socialista o socialismo real, no solamente porque desapareció la Unión Soviética, sino que de los 4 países comunistas que quedan (China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba) cada uno es diferente y uno no sabe por cuanto tiempo más se van a seguir llamando comunistas, y en el caso de Cuba, muerto Fidel, éste volverá a ser lo que siempre fue, dado su tamaño y ubicación, una playa más de los Estados Unidos.

El socialismo real se fue desarrollando sobre la base de la “realidad por delante” y no según la teoría marxista invocada. Lenín fue un pragmático con principios, un político realista y lúcido. De acuerdo a la teoría, el socialismo y la revolución socialista debieron desarrollarse en la economía industrial más

avanzada de la época, es decir, la alemana y no en la atrasada Rusia.

Muerto prematuramente Lenin en 1924 aunque incapacitado desde 1922; una Rusia devastada por la guerra civil y una lucha interna por el control político (1924-1928) termina en las garras de Stalin, hasta 1953. Sátrapa, cruel y sanguinario, crea ese mundo cerrado y opresivo que fue el mundo socialista, con apenas un 4% de comercio con el campo no socialista, pero este enorme “Gulag” tenía varios méritos históricos; había evitado la gran depresión del año 29, había resistido y vencido a Hitler y se había convertido en el mejor ejemplo de industrialización rápida y crecimiento económico sostenido, como dice Hobsbawn, “el comunismo soviético se convirtió, por lo tanto, en un programa para transformar países atrasados en avanzados”. Es decir con la receta adecuada para el momento adecuado, cuando, por el proceso de descolonización que se produce a partir de 1945, con la guerra y la caída de los imperios coloniales, surgen y se multiplican los países, cuyo único programa, aparte de la independencia, era el modelo de desarrollo a adoptar, hasta países no comunistas, terminaban utilizando fórmulas y recetas soviéticas, en especial el llamado capitalismo de estado, un híbrido interesante,

inspirado tanto por Keynes como por los éxitos de Stalin.

El verdadero rostro de éste se descubre después del informe Krushev en 1956 y la denuncia de algunos escritores, en particular Solschenitzin con su desgarrador testimonio sobre el *Gulag* soviético. La Unión Soviética, desde el punto de vista económico, deja de ser exitosa, a partir de los años 70 y deja de ser un ejemplo para los países atrasados, a la par de haberse convertido en una potencia conservadora del *status quo* y desalentadora de cualquier movimiento revolucionario.

De hecho el “socialismo real” terminó siendo el interés de la Unión Soviética como potencia y como se vio después de Gorbachov, la mejor salvaguarda de los intereses imperiales de Rusia, como país.

Hoy lo sabemos, desde la comodidad teórica de la “sabiduría retrospectiva”, no podemos equivocarnos porque ya conocemos el desenlace, la Unión Soviética no podía sobrevivir a sus propias limitaciones y contradicciones internas, de allí que la cronología de la crisis resulta clara: 1956 la crisis de Hungría; la ruptura con China; 1968, la invasión de Checoslovaquia; el movimiento Solidaridad en Polonia; Gorbachov y su intento de reforma con la *Glasnot* y *Perestroika*; transparencia y reforma que llegaron demasiado tarde

y que tenían que ver con una crisis que se alimentaba de una sociedad crecientemente descontenta y una economía estancada, que había dejado de crecer y por consiguiente, no satisfacía las exigencias de orden material de la mayoría de la población y que naufragaba en un gasto miliar insostenible. Con la caída de la Unión Soviética termina una época, de esperanza y oprobio al mismo tiempo.

El Tercer Mundo sobrevive en los problemas de la pobreza de una buena parte de la humanidad. No existen recetas, las dificultades se multiplican, pero no podemos abandonar la esperanza. El mundo proyectado racionalmente en el siglo XVII – XVIII y XIX como un mundo de progreso y civilización, fue cancelado brutalmente en el siglo XX, pero en el siglo XXI no podemos abandonar la posibilidad de una *historia más humana*.

Para un habitante adulto del mundo todo ha cambiado o está cambiando y al mismo tiempo todo aparentemente sigue igual, paradoja y encrucijada son las dos palabras que se me ocurren para tratar de entender y definir la situación en la perspectiva de este comienzo de centuria y milenio.

Para un habitante tradicional del mundo rural en África, Asia o América Latina todo es igual a lo conocido de siempre con excepción de algunas tecno-

logías y objetos presentes en su cotidianidad, aunque no formen parte de su uso personal y algunas actitudes y conductas de los más jóvenes que no terminan de encajar en su mundo tradicional, aparentemente eterno e inmóvil. La misma situación se repite en los sectores populares de pueblos y barriadas de los diversos países del mundo; pero las noticias son inquietantes, la presencia continua y masiva de la televisión con sus mensajes de consumo y felicidad prometida; las cosas ya no son totalmente iguales a como eran antes. En el resto de la población del mundo, escolarizada, urbanos de condición o mentalidad de clase media, todo va cambiando aceleradamente y ellos sienten que forman parte del cambio y tratan de acostumbrarse y saben que tienen que hacerlo; hay que aprender computación e idiomas; obtener o acceder a las ofertas de todo tipo, que facilitan la vida o la entretienen; hay que tener un automóvil, divertirse, desplazarse y no se sabe que nos depara el futuro, donde vamos a trabajar y vivir en definitiva y cuáles van a ser las oportunidades reales de nuestros hijos. En lo demás, tratan de vivir como la mayoría, sin entrometerse demasiado unos con otros y se aferran a unas creencias y a unas costumbres con la ilusión de que al fin de cuentas todo ha cambiado o está cambiando, pero al mismo tiempo todo es igual. Las elites y las minorías intelectuales viven como la

mayoría pero perciben más agudamente las nuevas realidades para asumirlas racionalmente, utilizarlas y eventualmente aprovecharlas. Pero a todos les embarca una desazón y un temor generalizado. Prevalece un sentimiento de precariedad e inestabilidad y todo el mundo habla de stress, estar en forma, dietas y modas, por lo menos en la cultura de clase media en su sentido más amplio. Todos sufren de neurosis y angustias y los más intelectualizados hablan de hipocondrías y fobias; de costos y oportunidades.

El mundo definitivamente es otro, la novedad no es el cambio, éste siempre ha existido y es la esencia de la vida y la historia, como muy bien lo supo Heráclito; la novedad es la rapidez del cambio, su velocidad e intensidad, su condición planetaria en un mundo cada vez más homogéneo y unidimensional, de individuos y conductas cada vez más parecidas, aunque se mantengan diferencias culturales, sociales y generacionales importantes. Paradoja, confusión, precariedad y temor signan nuestro tiempo finisecular.

“La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis” (Hobsbawn). Para un venezolano que pensaba en la crisis como algo solamente nacional es todo un descubrimiento darse cuenta que la crisis tiene carácter

mundial y que el país no es tan excéntrico o marginal al mundo como muchos creen.

Igual que en el planeta vivimos la crisis de la economía, el estancamiento, la recesión, la caída del PIB, el desempleo, la inflación, la devaluación, la violencia urbana, la inseguridad; la economía informal, una juventud desatendida y desorientada y como es lógico una crisis política, con desencanto de la política, pérdida de apoyo de los partidos tradicionales, fuerzas emergentes, golpes de estado y la demagogia y el populismo de siempre. A nuestra izquierda le pasó lo que a la Unión Soviética, terminó siendo un poder conservador. La izquierda una vez en el poder se transmuta en derecha.

Al mundo no le está yendo mejor, aunque como es lógico, la crisis no afecta a todos por igual, ni a los países entre sí, ni con respecto a las clases y grupos sociales; los más golpeados son los países del llamado Tercer Mundo y los que vienen del antiguo bloque comunista.

Los ochenta y parte de los noventa son conocidos como los años perdidos para la mayoría de los países del mundo, con espectaculares caídas del PIB y el consiguiente empobrecimiento colectivo.

En Rusia el PIB cayó un 17% en 1990-91; un 19% en 1991-92 y un 11% en 1992-93. En Polonia

el PIB cayó un 22% entre 1988 y 1992; Checoslovaquia casi un 20%. Rumania y Bulgaria casi un 30% en los mismos años (Hobsbawn) y así en la mayoría de los países. La deuda los agobiaba a casi todos y la desintegración social y la inestabilidad política a muchos los comprometía, inclusive en su viabilidad y subsistencia como estado – nación, como el caso de Somalia, Etiopía, Angola, Liberia y algunos otros de África y Asia.

La brecha entre pobres y ricos se ensanchaba y los gobiernos apenas “intentaban comprar tiempo” para sobrevivir, como lo hizo Carlos Andrés Pérez en su segundo gobierno, igual Caldera y ahora Chávez. Las economías se convertían en submarinos y navegaban por túneles sin salida aparente.

El estado-nación se debilitaba frente a fuerzas mundiales mucho más poderosas y eficaces; inclusive en los países avanzados y más consolidados la crisis se hacía sentir, como es lógico, en los sectores más pobres y marginales y en la juventud, cuyo futuro se volvía cada vez más incierto y precario.

El desempleo juvenil se hizo catastrófico y la escolaridad se dificultaba cada vez más, de allí el auge de la subcultura juvenil especialmente en las grandes urbes con su costo de droga y violencia y en definitiva con el fracaso existencial de muchos de ellos.

En la misma proporción que crece y se desarrolla la crisis, aumentan las tensiones y conflictos de todo tipo y el ser humano y las sociedades tienden a ser más egoístas e insolidarias.

Se potencian las exclusiones sociales (la propia identidad se afirma sobre el rechazo del “otro”) resurge el racismo y la xenofobia y los grupos y regiones privilegiados no quieren compartir sus ventajas. Vascos y catalanes quieren separarse de España; la liga Norte en Italia quiere segregarse del Sur. El Norte próspero sigue empeñado en el intercambio desigual y en el interior de cada sociedad las diferencias son groseras, el 10% de la población apropiándose de la mayor parte de la renta nacional, condenando a la mayoría a una marginalidad y exclusión casi absoluta.

Este mundo desestabilizado en los últimos 30 años del siglo ha vivido no menos de 100 guerras; más de 50 movimientos guerrilleros o de grupos armados, con millones de muertos, desplazados y refugiados; pero como la mayoría de estos trágicos acontecimientos ocurren fuera de las fronteras de los países “avanzados”, no pasan de ser noticias de televisión para la mayoría de la gente y compromiso teórico de intelectuales de café.

Pero el problema es serio y va a continuar, la lista es larga y abierta: Vietnam, Angola, Etiopía, Somalia,

Zaire, Mozambique, Camboya, Afganistán, Centro América, Irán, Irak, el Medio Oriente, etc... Ya no se trata de una onda revolucionaria como la que se desató a partir de 1789, con propósitos y métodos determinados; o como ocurrió a partir de 1917, sino que se trata de un caos de violencia con signos ideológicos confusos y opuestos y métodos anarquizados y de destrucción total e indiscriminada, por comodidad identificado, como terrorismo fundamentalista. A diferencia de las revoluciones de 1789 y 1917, la violencia era ejercida en los límites de una pretendida racionalidad y con la pretensión de crear un futuro mejor.

La actual violencia es de simple resistencia o sobrevivencia o de odio absoluto al contrario, al que hay que destruir como sea.

El mundo necesita un gran acuerdo civilizatorio para limitar y eventualmente acabar con esta situación. La estrategia imperial norteamericana de poder no es suficiente, es necesario convocar al mundo, países, iglesias, instituciones, para un gran diálogo y acuerdo inter-cultural e inter-religioso; volver a estabilizar geopolíticamente al planeta sobre una economía con rostro humano y una sociedad que retome el curso de la solidaridad y la fraternidad efectiva.

Las elites tienen una gran responsabilidad al respecto pero igualmente las masas, es decir cada individuo, con su voto consciente, con su opinión responsable y con sus beneficios y ventajas dispuestos a compartirlos. Ningún acto de violencia tiene justificación moral y las razones políticas o de otra índole por muy legítimas que sean, no justifican la violencia.

En este mundo convulsionado, América Latina parece resumirlo todo y si quiere puede jugar un papel importante, siempre y cuando esté dispuesta a aprender de sus errores. El sub-continente fue pionero en el proceso de descolonización aunque se retrasó demasiado en los procesos de modernización.

1910 en México y 1918 en Argentina son fechas distintivas de procesos históricos que marcaron profundamente al continente, procesos que se agotaron rápidamente por la incapacidad y rapacidad de las elites que los dirigieron. 1959, con la Revolución Cubana, fue otro proyecto fallido, por la megalomanía y autosuficiencia de un líder y una “nomenclatura” de funcionarios privilegiados.

Desde otro punto de vista, nuestras “burguesías” fueron más hábiles en maridar negocios y política y aprovecharse de ello que crear economías modernas. Nuestros políticos, abusaron de la demagogia y el po-

pulismo, y fueron hábiles en buscar votos y desarrollar lealtades sociales, pero se olvidaron del arte del buen gobierno, que en términos modernos, es básicamente buena gerencia y administración y adecuada distribución de los recursos.

Nuestros académicos e intelectuales, abandonaron o no asumieron la función crítica de su oficio, con raras excepciones. Fueron en su mayoría muy complacientes con el poder o tuvieron la tentación de ejercerlo directamente, todo lo cual le negó a nuestras sociedades el necesario auto-reconocimiento crítico, que permite aprender de nuestros errores y deficiencias y avanzar. El reto principal de nuestras sociedades es estabilizarnos políticamente, de manera democrática y pacífica. Desarrollar una economía sin dogmas, abierta, competitiva, moderna. Corregir progresivamente los múltiples desequilibrios e injusticias de nuestras sociedades y entender de una vez por todas que el futuro volverá a nacer de una educación adecuada y una cultura en correspondencia con la revolución tecno-científica.

Los hechos históricos mientras suceden parecen eternos, igual que sus personajes y acontecimientos, hasta la anécdota más insignificante parece importante. Los protagonistas de la historia se creen eternos; en realidad tienen apenas el cuarto de hora de fama

que les corresponde a los seres humanos, como decía Andy Warhol.

Retrospectivamente nada es eterno, lo único real es el desván de la historia o el olvido. Con la Primera Guerra Mundial desapareció el imperio de los zares, el imperio austro-húngaro y el imperio alemán y turco, además de la *belle époque*. El milenio del III Reich duró escasamente 12 años.

Con la Segunda Guerra Mundial desaparece el imperio colonial francés e inglés y la Unión Soviética no llegó a durar ni siquiera el siglo. Hoy la Guerra Fría y el comunismo suenan a prehistoria; el nazi-fascismo recuerda a una película muda; el siniestro Hitler, a un amanerado gesticulante y el cruel Stalin es un nombre embalsamado.

La historia termina siendo una gran trituradora de personas y hechos; se traga siglos y épocas enteras y apenas se salva una imagen, un objeto, un texto, lo demás es mitología, arte y literatura en el mejor de los casos. La Iglesia Católica, que sabe muy bien de estas cosas de la historia, sabe de lo efímero de las cosas de los hombres.

El arte y de manera más general la cultura, siempre es de carácter social e histórico, aunque pueda identificarse individualmente a sus autores y no puede ser de otra manera ya que los seres humanos somos

seres sociales y por consiguiente históricos. *Hic et nunc*, aquí y ahora, son los límites de toda existencia, un pasado, un presente y un futuro, que en términos estrictamente existenciales no van más allá de un siglo.

El arte siempre pretendió reflejar la realidad, asumirse en la realidad y eventualmente influir en ella, así lo pensaban o intuían los artistas anónimos de la prehistoria con su representación de hombres y animales para anticipar y hacer propicia la próxima cacería. Así pensaban o intuían en el antiguo Egipto, cuando reproducían las diversas figuras para anticipar y fijar el inevitable viaje a la eternidad.

No otra cosa pretendían los antiguos sino vencer a la muerte eternizando formas y rostros, y así el arte en general fue reflejando lo que los seres humanos eran o esperaban ser; hasta que se llegó al concepto ya más elaborado de reflejar o representar la belleza o lo bello, presuponiendo que Platón tenía razón en su idealismo filosófico, cuando decía que dentro de cada piedra preexiste un hermoso caballo que el escultor simplemente devela.

También al arte se le asignaron tareas educativas, constructivas y pragmáticas, como una expresión de la cultura en general de ese pueblo o de esa sociedad y siempre el arte, directamente o indirectamente

estaba en relación con el poder y las estructuras de dominación de una sociedad. Todo esto cambia en el siglo XX; por primera vez el arte intenta negar la realidad y desvincularse del poder, lo que no significa que lo lograra; lo que si se logró de manera innegable es que el arte se masifica y el objeto u obra de arte se convierte en mercancía.

Cada género se desarrolla y codifica en función de las masas, las elites pierden el monopolio de utilizar y disfrutar de las diversas artes y éstas se multiplican y reproducen a si mismas hasta el infinito, gracias a la tecnología. La radio, el disco, el casete y el CD ponen al alcance de todos, todo tipo de música. El cine, la fotografía y la televisión reproducen hasta el infinito cualquier imagen y la omnipresente publicidad no tiene límites de ningún tipo para convertir a todas las manifestaciones artísticas en instrumentos dóciles de sus propósitos mercantiles.

Pero a pesar de lo dicho, igualmente puede sostenerse la tesis que el verdadero arte sigue siendo cosa de minorías, aunque no necesariamente por razones socio-económicas, ya que hoy el acceso generalizado a la educación permite que cualquiera pueda disfrutar del arte en general; lo que sucede en la práctica es que el arte interesa a unos pocos, y estadísticamente, esto es igual en todas las sociedades; por ejemplo

los habitantes asistentes a los conciertos de música clásica en ciudades como París o Nueva York, porcentualmente son los mismos que van en cualquier ciudad del llamado Tercer Mundo. Sobre 10 millones de habitantes, asisten a estos conciertos no más de 40.000 personas.

Igual sucede con los museos, aunque esta estadística se modifica un poco, por los turistas de paso, especialmente en ciertas ciudades emblemáticas. Asimismo ocurre con el cine y la literatura; el buen cine o cine de autor no atrae muchos espectadores. En Suecia se dice que las películas de Bergman dan prestigio y premios, pero siempre ocasionan pérdidas y la buena literatura no corre con mejor suerte. En los Estados Unidos, en la década de los 70, un poeta reconocido no vendía más de 5.000 ejemplares, igual que en Venezuela, un autor consagrado como Uslar Pietri, la 1era. edición de sus libros no pasaba de 5.000 ejemplares. Paradoja de nuestro tiempo, la cultura se masifica y al mismo tiempo sigue siendo elitesca, con las excepciones del caso y particularmente con la llamada cultura del entretenimiento, que con el deporte, se ha convertido en el gran negocio del siglo, movilizandó la atención y el interés de millones de personas.

El arte en la primera mitad del siglo se asume y resume en las diversas vanguardias e “ismos”; todo era experimentable, sonidos, formas, colores, lenguaje; Malher, Picasso y Joyce son nombres representativos al respecto, se termina proponiendo un arte que trasgrede, subvierte y pretende ir más allá de la realidad, de hecho, pretendiendo inventar otra realidad. El arte se complica, igual que la realidad histórico-social. En la segunda mitad del siglo, se continúa con estas tendencias y se sigue experimentando con otras posibilidades de tipo tecnológico, hasta llegar a un relativismo absoluto, en donde, de querer decirlo todo, se termina no diciendo nada; todo se vuelve precario y transitorio; es la época del *post*, *post moderno*, *post industrial*, *post marxismo*, *post estructuralismo*, nadie sabía hacia donde íbamos, pero había que seguir la marcha, por aquello de que la importancia del viaje es el viaje mismo. La obra se hace abierta y cada lector o espectador la hace suya; la obra se independiza del autor y a éste se le ofende si se le pregunta sobre lo que quiso decir ya que casi siempre, de verdad o de mentira, apela a lo onírico y a los sueños, es decir al mundo inconsciente e irracional del individuo. El arte se diluye en la confusión general, solo la arquitectura se hace emblemática y significativa de la época.

El viejo arte que pretendía expresar la época ya

no está de moda, ni siquiera el arte moderno y de vanguardia que pretendía transformar el mundo; el arte se hace omnipresente e inútil.

El artista se integra, quiéralo o no, y el mejor ejemplo fue Salvador Dalí, snob y teatral, que terminó siendo un espectáculo tarifado.

Walter Benjamín hablaba del arte en la época de su reproductibilidad técnica, como el principal tema de reflexión y creo que no le faltaba razón.

Muchas teorías se han manejado sobre el arte en el siglo XX, desde la deshumanización a la muerte del arte; nosotros preferimos pensar simplemente en transformación, porque la historia es así, todo termina transformándose. El arte sigue proyectando en quien lo produce y en quien lo consume, una aureola de prestigio; normalmente denota buen gusto y cultura y ayuda a dar legitimidad aristocrática a los nuevos ricos; le proporciona brillo a la burguesía y en general, la gente que compra o colecciona arte, se siente bien socialmente.

Igualmente, el arte hoy es una industria, el creador en solitario es una excepción, los materiales son caros y las técnicas cada vez más sofisticadas. Picasso era una industria, como lo es Soto. No es casual que la principal industria italiana sea el diseño y la moda.

Nadie concibe hoy una película como una hechura del Director, en fin, el arte en cualquiera de sus manifestaciones, termina siendo un área de la economía, las excepciones confirman lo dicho, a menos que se asuma el aislamiento y la marginalidad como postura.

El mundo del arte y del espectáculo en la cultura contemporánea se suele clasificar de la siguiente manera: cine, música, libros, arte, arquitectura, teatro, danza, otros, el orden no significa nada. En cualquiera de estos campos, reducidos solo al siglo XX, la información es abrumadora y la valoración de los mismos infinita, ya que variará con cada ser humano y con cada sociedad en particular.

Un ejercicio al respecto lo hizo el periódico *Liberation* de París, que clasificó en cada rubro la obra más conspicua del año.

En arquitectura el resultado fue el siguiente:

- 1973 La ópera de Sydney. Australia.
- 1974 La Asamblea Nacional de Dacca. Bangladesh.
- 1975 Conjunto de edificios J.B. Clement Say sur Seine. París, Francia.
- 1976 Sears Tower, Chicago. Estados Unidos.
- 1977 Centro George Pompidou. París, Francia

- 1979 Il teatro del Mondo. Venecia, Italia
- 1981 Centro de Investigaciones Schlumberger. Cambridge, Gran Bretaña.
- 1982 Mezquita Yrama. Tahoma, Nigeria.
- 1983 High Museum of Arts. Atlanta, Estados Unidos.
- 1985 Lloyd's. Londres, Gran Bretaña.
- 1986 Hong Kong and Shanghai Bank. Hong Kong, China.
- 1987 Museo de La Menit. Houston, Estados Unidos.
- 1988 Instituto del Mundo Árabe. París, Francia.
- 1989 Bureaux Falkestrasse. Viena, Austria.
- 1989 La Grande Arche. La Defense, París, Francia.
- 1990 Torre del Banco de China. Hong Kong, China.
- 1991 Centro de Arte Contemporáneo Vassivière, Francia.
- 1993 Cité de la Musique. París, Francia.
- 1994 Lingolto (Rehabilitación de una antigua fábrica) Fiat. Torino, Italia.
- 1995 Euralille, Lille, Francia.
- 1996 Biblioteca de Francia, París.
- 1997 Museo Guggenheim. Bilbao, España.
- 1998 Centro Cultural J.M. Tjibau Noumen. Nueva Zelanda.
- 1999 Reihstag (El nuevo parlamento). Berlín, Alemania.
- 2000 Tate Gallery Modern. Londres, Gran Bretaña.

- 2001 Iglesia Nuestra Señora de Pentecostés. La Defense, París, Francia.
- 2002 Biblioteca de Alejandría. Alejandría, Egipto.
- 2003 Aeropuerto Charles de Gaulle. París, Francia.
- 2003 El jardín del mundo (proyecto seleccionado para ser construido donde estaba el tristemente célebre World Trade Center–Las torres gemelas) Nueva York, Estados Unidos.

Para cualquiera que repase esta lista, inmediatamente llamará la atención la preeminencia francesa, lo mismo sucedería si la lista se elaborara en otro país o con otros criterios, etnocentrismo inevitable y parte de la mediatización cultural que siempre opera en estos casos.

Se dice de este tipo de listas inventario que lo importante es lo que se dejó afuera, por ejemplo a los venezolanos nos hubiera gustado encontrar allí nuestro teatro Teresa Carreño y así en cada país habrá una obra o varias no tomadas en cuenta.

La misma limitación etnocéntrica se pone de manifiesto en los otros rubros. Lo importante de este ejemplo es constatar como a pesar de la globalización o mundialización y a pesar de las limitaciones y evidente crisis del estado-nación, el mundo sigue

marcado profundamente por los particularismos de todo tipo.

Uno de los retos fundamentales del siglo XXI es conciliar estos particularismos, no necesariamente negativos con una visión y una cultura verdaderamente global o por lo menos que responda a los intereses de la mayoría de las personas sin exclusiones de ningún tipo.

Civilización y cultura son dos palabras frecuentes en la historiografía; como cualquier historiador sabe, es lo único que queda cuando nada queda; desaparecen las personas, inclusive los grandes nombres, y gobiernos y sistemas políticos terminan en nada. La economía se transforma y las sociedades desaparecen, se mezclan y también cambian; al final, el historiador, con el arqueólogo, el etnólogo, el antropólogo y muchos otros especialistas terminan registrando lo verdaderamente importante, es decir, las cosas del espíritu y la cultura; así va a pasar con el siglo XX, siglo terrible y al mismo tiempo luminoso, porque allí los seres humanos a pesar de todo, no abandonaron la esperanza, es decir, el derecho al futuro, y de eso se trata en este comienzo de centuria y milenio, no sacrificar ni renunciar al futuro y en este sentido, si bien son muchas las amenazas, la tecno/ciencia y la cultura en general siguen siendo una puerta a la esperanza.

El tiempo terminará borrando los muchos nombres viles y detestables que asolaron el siglo como en una historia de la infamia, según el decir de J.L. Borges y como siempre, prevalecerá lo mejor de los seres humanos, la bondad, el altruismo, la solidaridad, la fraternidad, en fin ese amor universal del que tanto se ha hablado, y que, otra vez en palabras de Borges, es la historia de la eternidad humana.

El proceso histórico es como un libro abierto, escrito por muchos autores y leído por millones en épocas subsiguientes. Muchas cosas serán olvidadas, como es lógico y sano, de lo contrario la memoria nos abrumaría de pasado y pudiera llegar a comprometer el presente y el futuro. Tan malo es el exceso de recuerdos como la falta de memoria; la primera situación es propia de los conservadores y reaccionarios que piensan que las mejores épocas ya pasaron, un poco el error que repite con frecuencia el mundo de los adultos y los viejos, que idealizan la propia juventud y niegan la de sus descendientes. El olvido y la desmemoria, propios de la juventud y de algunas sociedades que les conviene olvidar cierto pasado, conduce a la inconsciencia y a una inadecuada actitud y a un desprecio por el pasado y por la historia y se asume la peligrosísima conducta de pretender vivir

siempre en el primer día de la creación, situación generalizada, con una pretensión de *presentismo* que en el fondo denota una gran irresponsabilidad, ya que nunca terminamos de asumir nuestros actos y siempre pretendemos volver a recomenzar.

La historia es como una película, hecha en colectivo, con personajes y acontecimientos de primera fila y los espectadores, que emitirían el juicio definitivo. El siglo XX por consiguiente es un libro y una película que nos invita, por su cercanía a ver y a leer.

El siglo, muy tempranamente fue identificado como un tiempo agónico y amoral a la vez; un tiempo de crisis, en donde lo que iba a morir, moriría y lo que estaba por nacer, nacería; así fue y así ha sido, somos testigo de ellos.

Pudiéramos llenar un libro de citas; al respecto un desconocido, M. Sturmer, decía en 1933: “Estamos en el principio de una nueva era, que se caracteriza por una gran inseguridad, por una crisis permanente y por la ausencia de cualquier tipo de *status quo*... Hemos de ser conscientes que nos encontramos en una de aquellas crisis de la historia mundial que describió Jacob Burckhardt”. En el mismo año de 1933 (casualmente el año del ascenso de Hitler al poder) decía el gran científico Max Planck: “Estamos viviendo un momento muy singular de la historia. Es un momento

de crisis en el sentido literal de la palabra. En cada rama de nuestra civilización material y espiritual parecemos haber llegado a un momento crítico. Este espíritu se manifiesta no sólo en el estado real de los asuntos públicos, sino también en la actitud general hacia los valores fundamentales de la vida social y personal... Ahora, el iconoclasta ha invadido el templo de la ciencia. Apenas hay un principio científico que no sea negado por alguien. Y, al propio tiempo, cualquier teoría por absurda que parezca puede hallar prosélitos y discípulos, en un sitio u otro”, proyecciones ambas de lo que venía sucediendo y anticipación profética de un mundo que se salió de madre, y cada vez más, marchaba a la diablo. El futuro antes de conocerse se intuye, aunque sólo la realidad tiene la última palabra y excede cualquier imaginación o fantasía. Razón y sentimiento, casi siempre en pugna, gobiernan el mundo.

VI

El siglo XX es un siglo fronterizo y tal como lo vió y estudió Tuchman, historiadora norteamericana; fue un siglo equiparable, como en un espejo lejano, al terrible y creativo siglo XIV. En este siglo, complejo y dinámico, sin la menor duda, el hilo conductor estuvo signado por la ciencia y los científicos. A finales del siglo XX se calculaban 5 millones de científicos en todo el mundo, casi todos concentrados, no importa su origen, “en los países avanzados” y particularmente los Estados Unidos; esto es su verdadera ventaja estratégica sobre el resto de los países. En 1920 el número de científicos en el mundo no llegaban a 10.000 y en su mayoría concentrados en Europa occidental, particularmente Gran Bretaña y Francia y más de la mitad en Alemania, hecho que tiene que ver con el modelo universitario que se implantó en ese país, a

partir de 1808, con la creación de la Universidad de Berlín, por Guillermo von Humboldt. Este modelo universitario volcado decisivamente a la investigación, será imitado posteriormente, y en este orden, por Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón; después pasará a influir al resto de las universidades, aunque éstas en su mayoría, todavía hoy respondan más al llamado modelo francés, orientadas básicamente a graduar profesionales.

Este es parte del secreto, la ciencia exige como es lógico, talento y condiciones individuales, pero si no se organiza, estructura e institucionaliza, no hay verdadero desarrollo científico. También la ciencia se convierte en otra rama de la economía y exige estructuras económicas, académicas e industriales adecuadas.

El método más usual para desarrollarse una estructura científica moderna es un financiamiento adecuado (no menos del 3% del PIB); con las políticas correspondientes de organización, formación, difusión e intercambio. Todo esto funciona normalmente con la política de los doctorados, las revistas especializadas, las reuniones y encuentros entre pares y especialistas. Venezuela y América Latina sufren un gran rezago en esta materia, apenas aportamos menos del 2% a la innovación tecno/científica del mundo, lo que indica

de paso el fracaso relativo de nuestras universidades o su estancamiento, ya que siguen viviendo de modelos y políticas que no han logrado ir más allá del movimiento universitario de Córdoba, Argentina, de 1918.

La revolución científica y tecnológica del siglo XX ha subvertido todo el sistema de vida y creencias existentes, y apenas estamos en los comienzos. Todo se ha relativizado, mientras más avanzan nuestros conocimientos; no es casual que en el campo de la física (ciencia estelar de toda esta revolución) surgieran la teoría de la incertidumbre y la teoría del caos y que el propio Einstein fracasara en llegar a formular una teoría del campo unificado, que devolviera orden y concierto al mundo del conocimiento. Los descubrimientos y las innovaciones se hicieron abundantes y continuas, tanto es así que hay un desfase entre la realidad de la ciencia y su aceptación o percepción por parte de la sociedad.

Matemática, física, química, biología, ciencias madres, dieron lugar a una combinación impresionante de nuevas ciencias o ramas de las mismas: bioquímica, biogenética, informática, telemática y cada día surgen más y más especialidades.

En el mundo científico hay una confianza casi absoluta en la ciencia y por eso no se renuncia a nin-

gún tipo de investigación y no se ignora ningún reto, lo que ha llevado a decir a ciertos investigadores que la cura del cáncer y del sida, es un simple problema de tiempo y dinero. La ciencia se hace omnipotente y omnipresente y el científico tiende a evadir la responsabilidad moral de su trabajo.

Este no es un problema fácil y lo vivieron con el máximo dramatismo el equipo científico que construyó la primera bomba atómica, entre otros Oppenheimer, Fermi y el propio Einstein, quienes ante el temor que la bomba la pudiera construir la Alemania nazi, urgieron al gobierno norteamericano a que se adelantara a esa posibilidad; de allí surgió el Proyecto Manhattan del gobierno de F.D. Roosevelt dirigido por Oppenheimer, este mismo grupo de científicos horrorizados, volvieron a dirigirse al gobierno para desalentar este tipo de proyectos, pero era demasiado tarde y es lo que llevó a exclamar a Oppenheimer *los científicos hemos conocido el pecado*, después de Hiroshima y Nagasaki.

Este problema o dilema moral no ha desaparecido ni puede desaparecer, al contrario, se hace más imperativo que nunca, en un momento que la ciencia ha accedido al código genético, que le está permitiendo actuar sobre la propia creación del ser humano. Una vez más la tentación de jugar a ser Dios.

Si algún problema es importante en el siglo XXI es éste, los límites y las posibilidades de la ciencia, de allí nuestro planteamiento sobre la urgente y necesaria subordinación de la política, la economía y la ciencia a la ética. Después de la bomba atómica, la humanidad entendió las posibilidades reales del suicidio a escala planetaria de toda la humanidad.

Esta amenaza está plenamente vigente, agravada hoy con los riesgos ciertos del deterioro del medio ambiente: la capa de ozono y el calentamiento del planeta; el deshielo polar y, la amenaza de desertificación en todos los países y particularmente en los grandes pulmones vegetales, como la Amazonia.

El modelo de desarrollo no parece el más adecuado, con sus deshechos tóxicos y despilfarro de recursos y energía. La situación se agrava por la inconsciencia generalizada de las mayorías y de las propias elites; pareciera que el futuro, más allá de la propia vida, no tiene interés. Aquí también el desequilibrio es la nota dominante, lo que indica que estos problemas no solamente son educativos y económicos, sino fundamentalmente políticos.

Dicen algunos expertos que las guerras del siglo XXI van a ser por el agua, esto ya parece ser cierto, y las aguas también están repartidas geográficamente de manera desigual.

Algunos filósofos y científicos no se hacen muchas ilusiones sobre el futuro de la humanidad y han llegado a sostener, que así como el mundo empezó con una gran explosión (teoría del Big Bang), así terminará: por la propia naturaleza de la materia, por la energía convertida en calor, y por irracionalidad de los seres humanos, que parecieran empeñados en apresurar las cosas. Nosotros, no podemos aceptar esta posibilidad, aunque veamos la realidad y el peligro.

En términos estrictamente históricos e historiográficos, nuestro horizonte no va más allá de este comienzo del 2004; por aquello de la prudencia y sabiduría retrospectiva, nadie puede, racional y científicamente anticipar nada, aunque es válido y lícito, proyectar y planificar.

No creemos que la historia se va a acabar mañana, no participamos del milenarismo apocalíptico de algunos; pero sí creemos que los tiempos no van a ser tranquilos, pero hay que evitar emular al siglo XX y sus matanzas. La paz es necesaria más que nunca; necesitamos ahorrar energías y ganar tiempo para enfrentar los muchos problemas de nuestro tiempo y de nuestras sociedades. Científica y técnicamente, nunca la humanidad y cada país, estuvieron mejor preparados para hacerlo, de allí la importancia de la política; otra

vez hay que aprender a ponerse de acuerdo, más allá de cualquier tipo de diferencia. Hay que convencer a la gente y ganársela para las buenas causas, más allá de los intereses particulares, sin quitarle licitud y pertinencia a estos. Hay que construir sistemas políticos respetuosos de los derechos humanos y gobiernos eficaces, competentes y honestos; hay que aprender a formular políticas realistas, racionales, coherentes y auto-correctibles. Absolutamente, hay que subordinar el poder militar al civil y el gobierno a la sociedad. Ningún interés egoísta, grande o pequeño, debe o puede prevalecer sobre el interés general y el bien común.

El ocio y el entretenimiento deben convertirse en acción cultural, que promueva valores y facilite la condición humana como un ámbito sagrado de respeto, dignidad, libertad y solidaridad. En fin, no renunciar a una utopía concreta, realizable y posible históricamente.

La historia es nuestra responsabilidad, es decir la vida toda; del siglo XX, debemos y podemos aprender muchas cosas y fundamentalmente no repetir ciertos errores monstruosos que allí se dieron.

La historia se mueve entre dos extremos, según Cicerón es maestra de la vida; para Hegel, si algo enseña la historia es que no enseña nada. Como siem-

pre, los dos tienen razón, si aceptamos sus puntos de vista, con la prudencia del caso. Algo aprendemos de la historia, pero el futuro solo se define a partir de la incertidumbre y de nuestra libertad.

Por eso la historia es útil y es interesante; es un libro abierto que puede ser interpretado de muchas maneras y de hecho lo es. La historia es re-escrita permanentemente, y hasta puede convertirse en materia peligrosa e inflamable, como decía Paúl Valéry, cuando se convierte en ideología. En el conocimiento histórico no existe objetividad, con excepción del método y las técnicas empleadas; pero si debe existir honradez por parte del historiador, aunque no propugne una verdad, si debe ayudar a comprender.

Al historiador le está vedado hacer prospectiva, pero igual que es inevitable opinar y ser testigo directo, igualmente difícil es evitar la tentación de proyectar aunque sea nuestros propios deseos e intereses.

De cara al siglo XXI pensamos que todo va a cambiar, más en apariencia que de fondo, por lo que ya hemos dicho sobre la persistencia y permanencia de muchos aspectos de la conducta individual y social y porque no todo cambia al mismo ritmo

La geopolítica de los intereses nacionales y el juego de las grandes potencias seguramente va a continuar, aunque algunos protagonistas puedan cambiar.

Seguramente Estados Unidos seguirá dominando la escena mundial por unas cuantas décadas más con una competencia cada vez más cerrada de la Unión Europea y China. Rusia volverá a jugar un papel protagonista y hay un grupo de países, cuya importancia geopolítica actual y potencial es evidente: Japón, la India, Australia, Canadá, México, Brasil, Sudáfrica. Una incógnita es América Latina en su conjunto, subcontinente con un potencial geopolítico increíble, pero que pasa necesariamente por su desarrollo, integración y unidad. En esta proyección lo importante y prioritario es evitar una guerra a gran escala y mantener los conflictos regionales y locales en los límites de la política internacional, es decir, manejables, que no se desborden y eventualmente puedan ser resueltos mediante negociaciones.

El otro conflicto o problemática a atender urgentemente son los grandes desequilibrios mundiales en el orden de la pobreza y el desarrollo; 20% de los habitantes de la tierra no pueden seguir siendo privilegiados en detrimento del otro 80%; la riqueza, el bienestar y la democracia política tienen que ser compartidas y verdaderamente universalizadas.

No va a ser fácil, los intereses egoístas de los individuos y de las naciones tenderán a mantenerse y si es posible a acrecentarse; el ideal ético va a ser

fuertemente comprometido por una economía cuya racionalidad y razón de ser es el lucro y la maximización de los beneficios. Igual la política, gobiernos y políticos, va a ser difícil que renuncien a la lógica del poder y la supremacía y en el campo científico, prevalece la idea de no ponerle límites a la investigación. En fin, el mundo peligrosamente se desliza hacia la inequidad y a un individualismo determinado por el consumismo. En nombre de la libertad cada vez somos menos libres en nuestros hábitos y conductas, cada vez más condicionados por las modas y la publicidad.

El mundo se homogeneiza y uniformiza, adoce-nando y mediocrizando las conductas individuales y colectivas. Nada más triste que un stadium pleno de fanáticos vociferantes, cuyo nivel de racionalidad se reduce al mínimo y se maximizan sus posibilidades de violencia.

Autopistas y carreteras se estandarizan en tecnología y tipo de negocios, facilitando las comunicaciones y la velocidad, pero igualmente inhibiendo el verdadero viaje de placer a tiempo perdido, para poder disfrutar de verdad del paisaje, las costumbres, la gastronomía local y la artesanía correspondiente. Esto puede parecer romántico y perdido para siempre, pero hay que volver a meditar sobre la importancia

del ocio helénico y del *dolce far niente*, a menos que le entreguemos también nuestro tiempo libre, a la moda, al marketing, al comercio y al negocio en general. *Los tiempos cambian. El Mundo nos usa*. Todo es revisable, estamos fatigados y aparentemente no vamos a ninguna parte. No hay peor nihilismo que el consumismo, todo es desechable, todo nos hace falta, más allá de nuestras necesidades reales.

Vivimos la época posmoderna de la neutralidad absoluta (Barthes) “Ni esto ni aquello”, es el gran rechazo y la insatisfacción permanente y es que siempre hay un objeto y una mercancía que nos reclama más allá de nuestras posibilidades. Es el infierno de Dante, la publicidad y la moda nos abren el apetito y nuestros recursos reales ponen los límites. Se nos invita al infinito y a lo absoluto, desde el limitado horizonte de nuestros ingresos y medios.

El actual modelo económico conduce al desastre, ya que ha establecido una ecuación terrible: consumir para crecer económicamente y crecer para generar empleo y más dinero para gastar, más allá de las necesidades básicas. Este es un modelo económico pensado para un 20% de habitantes del planeta mientras abandona al 80% restante.

No creo que esto sea pesimismo sino constatar una realidad objetiva que mucha gente por cobardía,

comodidad o complicidad no quiere ver. La gente siente la necesidad de algo más, aunque no sabe de que se trata, de allí el resurgimiento de las religiones tradicionales, especialmente en las sociedades más pobres y atrasadas, y en el mundo urbano contemporáneo, la soledad del individuo se compensa con el ruido y el aturdimiento del espectáculo o la droga y la evasión de todo tipo.

Decíamos que queríamos comprender y queríamos ser optimistas, a nuestra manera lo somos, en la línea del optimismo trágico del siglo XX y con unas creencias que no permiten renunciar a la esperanza, pero el ejercicio de lucidez que estamos obligados a hacer de manera permanente nos alertan sobre los riesgos y peligros de nuestra época. El siglo XXI, como siempre sucede con los tiempos históricos, será lo que nosotros queramos que sea, desde nuestra responsabilidad, valores y libertad.

Nuestros límites son el miedo a la libertad y la carga de verdad que estemos dispuestos a aceptar.

VII

El tiempo existencial no es otra cosa que nuestro tiempo concreto, tiempo que nos es concedido de manera gratuita y absoluta; es nuestra única e intransferible vida que nuestra conciencia y libertad nos permitirán modelar en relación con los demás y dentro de una cultura y un tiempo determinado.

La edad nos ayuda a desarrollar la autoconciencia, siempre incompleta y precaria, pero real. ¿Quiénes somos? Origen, vida, destino, en fin, preguntas siempre presentes y que solamente pueden ser contestadas en plural, en relación a los *otros*, son éstos quienes terminan de configurarnos. Somos un yo y una circunstancia, de acuerdo a la conocida fórmula; pero igualmente somos un *tú*; los seres humanos somos absolutamente seres sociales, y en esta interacción cultural e histórica, aparece y se desarrolla nuestra

conciencia histórica. Conciencia de lugar y tiempo, que en mucho trasciende nuestra propia época, porque todos los tiempos transcurridos nos forman y constituyen y de alguna manera, también el futuro; ningún ser humano puede vivir sin expectativa de futuro, cuando esto sucede es la muerte.

A pesar de lo dicho, el único tiempo real es el presente, el tiempo existencial concreto, que nos convierte con los demás en una generación, en una biografía, en una cronología, que interpretamos de diversa manera, pero que algunos hechos, objetivamente marcan y definen.

La historia vista así pareciera tener un sentido y hasta responder a un designio, la filosofía de la historia es inevitable y necesaria. La vida y la historia no se repiten, aunque —según Tucídides—, el ser humano tiende siempre a repetirse a sí mismo.

Llegamos a nuestro tiempo con una historia familiar y social determinada: religión, creencias, costumbres; las heredamos, no las escogemos, e inclusive se puede hablar de una memoria inconsciente y de la sangre. Con todo y el avance de la ciencia, todavía hay mucho que aprender de la genética, la herencia y el ambiente. Venimos de alguna manera programados genéticamente, esto es claro y evidente en la predisposición a ciertas enfermedades hereditarias,

pero igualmente somos libres para escoger y decidir en muchos casos y las circunstancias y el azar también juegan su papel.

El ser humano se hace y nos hacen, racionales, afectivos y voluntaristas. Vivimos en permanente tensión entre lo que queremos y podemos. Somos lo que fuimos, pero igualmente lo que no fuimos, pero esto ya es entrar en honduras psicológicas y filosóficas que en un ensayo histórico no podemos permitirnos.

Volvamos al siglo XX ya vivido y al siglo XXI, al lapso que nos está reservado, que iremos descubriendo a medida que transcurre, y es que la conciencia histórica se sustenta en lo que fue y va siendo, no otra cosa es la identidad, lo que vamos siendo como individuos y como seres sociales e históricos.

La vida y la historia es un camino y nosotros estamos en él como lo planteó Kerouac, el escritor Beatnik de los años 50, en su libro emblemático *En el Camino* (1954). Primero descubrimos el mundo interior y subjetivo de sueños, expectativas y secretos y después la objetivación de los mismos en unas circunstancias que evidentemente no escogemos.

Largas son las horas (especialmente las tristes) y breve la vida, podía repetir con Fenelón, el General de Gaulle en los meses agónicos, antes de morir en 1970. Y es que si hay una dimensión de la existencia huma-

na, terrible y sublime a la vez, es el *tiempo*. Reflexión fundamental del historiador. *Tiempo y espacio*, limitan y definen nuestro oficio; el tiempo de la historia tradicionalmente ha sido dividido en lustros, décadas y centurias y así se van acumulando los siglos y milenios que marcan la presencia humana sobre la tierra. Cada época, como diría Hesíodo, tiene su trabajo y su afán, cada siglo prepara al siguiente y éste a su vez, explica y justifica al anterior. Dialéctica del tiempo, la historia es personal y colectiva. En nuestra época grandes y repetidos titulares la identifican.

El terrorismo está en pleno desarrollo, centenares de muertos en Irak, Pakistán e Israel; y ésta última trata de protegerse con otro muro de la ignominia. Estados Unidos, en plena campaña presidencial, sigue jugando el papel del “sheriff” justiciero para disimular su prepotencia imperial. Chiítas y Sunnitas se enfrentan en el mundo Islámico en una confrontación suicida. Chechenia siempre es noticia, igual que ETA y el narcotráfico y la guerrilla colombiana. La realidad del Golpe de Estado sigue siendo el argumento “Constitucional” para cambiar los gobiernos en los países pobres e inestables; acaba de suceder, una vez más en Haití y hace no mucho en Bolivia.

Los países ricos siguen girando casi exclusivamente en torno a sus intereses. El mundo defi-

nitivamente no está nada bien, pero así fue siempre para desgracia de la humanidad; la paz, cínicamente era definida como un tiempo entre dos guerras. El siglo XX lo vivió intensamente en la primera mitad del siglo y en la segunda mitad de “paz atómica”; la guerra localizada y generalizada, nos recordaba en todo momento, el culto a la violencia entre los seres humanos.

El mundo en el siglo XX fue agitado en todo momento y en la segunda mitad, nombres imprevisibles como Corea, Vietnam, El Congo, Medio Oriente, Camboya, las guerras Indo/Paquistaní, el conflicto Centroamericano y otras guerras y escaramuzas signaron nuestro tiempo noticioso de habitantes alertas del siglo.

La parte luminosa del siglo, como siempre, fue la cultura, fuertemente presente y creativa en todos los campos, como ya se ha dicho, y para nosotros, los latinoamericanos, la internacionalización de sus artistas y escritores. El Nobel para García Márquez y Octavio Paz vino a confirmar lo que sabíamos de la importancia de nuestra literatura, reconocida previamente con el Nobel de Miguel Angel Asturias, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y con el boom literario. También fueron nombres y lecturas familiares, Cortázar, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Sábato, Rulfo y Borges, en especial

estos tres últimos, que con Nietzsche, pasaron a ser los escritores por excelencia para nuestro gusto y vocación.

El Muralismo Mexicano estimulaba nuestra autoestima y conciencia de identidad; Diego Rivera es orgullo latinoamericano así como Botero, presente en los principales espacios públicos de París; los venezolanos nos envanecíamos al ver las obras cinéticas de Jesús Soto en el Centro George Pompidou y en la sede de la UNESCO en París.

América Latina, en el siglo XX, entró a formar parte con todo derecho, de la historia de nuestro tiempo, si tomamos en cuenta su ingreso temprano en el siglo XIX, con el proceso emancipador, interrumpido por luchas fratricidas y atraso generalizado. Decimos esto porque 1492 no nos pertenece, históricamente hablando, sino indirectamente.

El siglo XXI para América Latina es una real posibilidad de convertirnos en sujeto pleno y protagónico de la historia, si logra la clave de la integración y el desarrollo y la fórmula de la paz y la convivencia.

A nuestra manera creímos en la utopía de un mundo mejor y perfectible y estuvimos dispuestos a construirlo, no sin cierta ingenuidad e inocencia. La palabra *revolución* tenía una connotación romántica e idealista más allá de las ideologías.

Creímos en el mito original leninista/trotskyista, la palabra *bolchevique* no tenía una connotación negativa por lo menos hasta Stalin. Creíamos en la Revolución Mexicana, especialmente en el Zapata libertario.

Creímos en el joven rebelde cinematográfico, encarnado por James Dean y Marlon Brando. Todas las mujeres eran hermosas de acuerdo al Olimpo proclamado por el cine en donde el bien siempre vencía al mal. Nos entusiasmó Mao y la Revolución Cultural, tanto como nos había entusiasmado Fidel, el Che y la Revolución Cubana. Kennedy y la leyenda de Camelot fue asumida entera y Juan XXIII y el Concilio Vaticano II nos llenó de esperanza. Hasta la Revolución Latinoamericana era posible y estaba al alcance de la mano, a pesar del martirio del Che y de Camilo Torres.

La teología de la liberación fue la síntesis necesaria de religión y política, y otra vez, la lectura afiebrada de Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Ernesto Cardenal, y el conocimiento personal de Helder Cámara nos conmovió profundamente. El cristianismo también era revolucionario y estaba a favor de los pobres y la justicia social.

Vivimos y asumimos la política como servicio y compromiso. Creímos a fe ciega en la democracia y en la justicia social, todo se explicaba con la teoría

de la dualidad y la dependencia y el desarrollo era un concepto real que todos los días se hacía presente en indicadores económicos y sociales inobjetables.

El mundo lucía difícil y problemático, pero manejable; y sabíamos que se podría transformar y mejorar. ¿Cuántas veces repetimos a Rimbaud y a Marx sobre cambiar la vida, cambiar el mundo? La utopía era concreta, el compromiso y la militancia política nos conducirían, sino a la revolución a las reformas necesarias porque sabíamos que la democracia era perfectible y el desarrollo, por consiguiente, por etapas; iríamos avanzando y saliendo del atraso y nadie quedaría fuera.

América Latina, África, Asia, el mundo se globalizaba y se desarrollaba; los signos de los tiempos eran inequívocos y las Ciencias Sociales y Humanas así lo indicaban.

La mujer se emancipaba y liberaba, igual que el trabajador, los negros, los indígenas y todas las minorías discriminadas. En el mundo cabíamos todo, y por eso admirábamos también a los países más avanzados aunque políticamente desconfiábamos de ellos.

París y Nueva York eran las ciudades emblemáticas del nuevo tiempo; más que centros de poder, las veíamos como centro de cultura y libertad. En

fin, teníamos derecho al futuro y éste debía y podía ser construido. Creíamos en el valor de la ley y en la teoría política democrática. Sabíamos que la educación lo podía todo y podíamos reformar y mejorar las instituciones, en nuestro caso fue el empeño militante con la institución universitaria, transformada desde adentro y potenciada para cumplir con su papel transformador en la sociedad.

Al final del siglo, sin haber abandonado estas creencias, sabíamos que la cosa no era tan sencilla y fácil, el mundo no es tan inocente y la historia, es profundamente dramática. No sé si es cansancio psicológico y biológico o lucidez, lo cierto es que hoy, el optimismo trágico, ha cobrado fuerza, de cara a la historia y sus posibilidades, y no sé si es cinismo o escepticismo, aferrarse a la fórmula de Gramsci con respecto al futuro: optimismo de la voluntad y pesimismo de la inteligencia, es decir, la utopía es irrenunciable y la utopía concreta, posible, pero no están a la vuelta de la esquina; el corto plazo no luce bien y no queremos perder la fe en el largo plazo.

Libertad y responsabilidad son las palabras fundamentales de la modernidad. Como quería Kant, hay que atreverse a ser adulto y pensar; pero igualmente es necesario no perder la capacidad de creer y fundamentalmente vivir de acuerdo a valores, que nos

acerquen a nuestros semejantes fraternalmente, asumir el humanismo como una conquista permanente de la humanidad, en su sentido más profundo, no tanto como el hombre medida de todas las cosas, sino en el sentido de morar cada vez más cerca de Dios. “Ninguna fórmula era lo bastante completa para contenerlo todo” (*Memorias de Adriano* de M. Yourcenar).

VIII

Toda explicación es incompleta y toda comprensión es subjetiva.

Era un dogma para los historiadores, la necesaria distancia entre los hechos y su interpretación, con la sola excepción de las crónicas, que por serlo podían ser contemporáneas con los hechos narrados. La pretendida “objetividad” del historiador exigía distancia y perspectiva y de hecho los propios documentos guardados en archivos solo eran accesibles transcurrido un tiempo prudencial, de allí que ningún historiador “serio” se ocupaba de su presente; su ciencia lo obligaba a ocuparse del pasado y éste, mientras más lejano, mejor.

Con el tiempo se descubrió la “trampa” del historiador y la mediatización historiográfica inevitable, y es que el historiador aunque se refiera al pasado, lo

hacía inevitablemente desde el presente, con toda la carga, subjetiva, cultural e ideológica del caso, de allí que a la definición de la historia como la ciencia del pasado hubo que agregar necesariamente el concepto de que la historia siempre es contemporánea y que si bien los hechos son inmodificables, la interpretación de los mismos cambia constantemente y de hecho así ocurre y la historia es reescrita de manera permanente y, por consiguiente, el sentido de la misma cambia de acuerdo a los variables intereses del presente. Esta es la trampa historiográfica y por ello los textos oficiales y los programas escolares de historia no pasan de ser sino simple ideología, es decir *no ciencia*. De allí que es mucho más honesto, intelectualmente hablando y evidentemente más riesgoso, ocuparse, además del pasado, de la propia contemporaneidad, del propio presente, aunque tengamos que competir con periodistas y sociólogos, en la comprensión y estudio de los hechos y acontecimientos, en pleno desarrollo.

Cuando hablamos de presente lo hacemos en su sentido dinámico, es decir de contemporaneidad, como ya lo hemos establecido y en donde un siglo, es el corte cronológico habitual.

Los antiguos griegos descubrieron el concepto de “antigüedades” y con ello se referían al pasado más lejano y al más cercano y cuyos límites tendían a

confundirse. Solamente en el siglo XIX se estableció el criterio historiográfico de distinguir una antigüedad ubicada fundamentalmente en la época griega y romana, una edad media, entre el siglo V y el XV y una edad moderna que se ubicaba en los últimos 500 años y que terminó por confundirse con la contemporaneidad, ubicada a partir de 1789, con la Revolución Francesa, a 1750 con la Revolución Industrial, o 1917 con la Revolución Rusa, cambiando permanentemente fechas y períodos, de acuerdo al criterio empleado y privilegiando la historia de Europa Occidental.

El largo período anterior a la escritura, se ubicó cómodamente en la llamada prehistoria y las últimas décadas del siglo XX, pusieron de moda el concepto de post-modernidad.

Toda cronología es imperfecta e incompleta, pero la cronología es consubstancial a la narración e interpretación histórica, ya que la historia, por definición es una *cronotopía*, es decir, un tiempo y un lugar, casi pudiéramos llegar a decir que la historia es como una *física* de los hechos humanos y la filosofía de la historia, una *metafísica* de los mismos. Lo cierto es que hoy en día, ya es aceptado académicamente el concepto de historia –presente y de hecho en el mundo académico, desde la década del 70, se vienen desarrollando centros, institutos y cátedras orientados

a “escribir la historia en tiempo presente”, como por ejemplo en la Universidad de París, que desde 1978, cuenta con un importante centro dedicado a la historia del presente.

Esta historiografía es cada vez más abundante y variada, ya que los temas se amplían y multiplican permanentemente; de hecho podemos hablar de la historia como totalidad, ya que no solamente cada país, región o localidad son objeto de estudio, sino que además de los aspectos tradicionales como política, economía, sociedad y cultura, se han incorporados otros temas y asuntos, de manera que prácticamente nada de la vida social le es indiferente al historiador, desde lo tecnológico a la cotidianidad; desde el cine hasta la moda, de allí que el historiador tuvo que acercarse a todas las llamadas ciencias sociales y servirse de ellas. Los límites académicos entre las diversas disciplinas son cada vez más difusos e imprecisos.

Historia y Cultura ; Historia y Sociología; Historia y Economía; Historia y Politología; Historia y Antropología; son alianzas inevitables y necesarias, como la que existe con la Estadística y con la Geografía, pero hoy en una dimensión cada vez más especializada como la Demografía y la Ecología. Nada escapa al interés del historiador, ni los aspectos psicológicos de la conducta humana y de hecho, cualquier

otro aspecto que tenga que ver con la vida individual y social, como por ejemplo, el cine, que en si mismo se ha convertido en un discurso historiográfico que hay que aprender a leer y a interpretar.

En la historiografía del tiempo presente, están los grandes temas, pero igualmente los temas silenciados y los temas tabú. Inclusive se ha intentado establecer un diálogo entre los historiadores de otras épocas y la historia contemporánea. De la historiografía de la antigüedad nos hemos beneficiado con el concepto de crisis, auge y decadencia de los imperios y en general del conocimiento de la política y de los hombres de poder sobre los que tan abundantemente nos enseña la historia antigua. De la historiografía del medioevo hemos podido aprender los muchos miedos compartidos; el fanatismo que hoy llamamos fundamentalismo y el papel de las creencias y religiones en la historia de los seres humanos de cualquier época.

El diálogo entre el presente y el pasado siempre es útil; inclusive hoy trasladado al futuro, un futuro, cada vez más cercano y acelerado, que exige prospección y decisiones adecuadas en el presente.

Los grandes temas del tiempo presente son conocidos y los compartimos todo el planeta. Las guerras mundiales, las grandes crisis económicas, las ideologías como el nazi-fascismo y el comunismo con

pretensiones de dominio mundial, el imperialismo de nuevo cuño; la geo-política de las relaciones internacionales; la globalización; el impacto tecnológico; los problemas ambientales; el problema de la paz y los derechos humanos; la descolonización y el desarrollo; el nuevo mundo urbano; la cultura de masas, en fin; son temas que a todos nos incumben, pero igualmente cada país trata de identificar su propio proceso de contemporaneidad; cada grupo social y étnico; cada religión y cada cultura y después están los temas tabú, ocultos o escamoteados; la producción y venta de armas; las drogas y el narcotráfico; el mundo oculto del sexo y la pornografía; las mafias; todos temas de una gran importancia económica y social, pero evadidos por la “buena sociedad” y los llamados países avanzados o desarrollados que se benefician de los “negocios” relacionados con los temas o problemas mencionados.

IX

La historia del siglo XX presuntamente canceló muchas cosas, acabó con las pretensiones hegemónicas fascistas y comunistas (¿por cuánto tiempo?); presencié el fin de las ideologías (¿será verdad?), pero igualmente canceló de manera dramática muchas ilusiones de progreso y desarrollo para la humanidad.

Europa, en el siglo XX, deja de ser el centro de la historia; ¿por cuánto tiempo estarán o permanecerán desterrados los viejos fantasmas de Europa, como por ejemplo la tentación hegemónica alemana, la amenaza rusa o las divisiones infinitas, de naciones y pueblos, enfrentados durante demasiados siglos? Las preguntas e interrogantes que dejó pendiente el siglo XX, ya los empieza a vivir el siglo XXI y no de manera auspiciosa. Todo pareciera encaminarse hacia una gran crisis económica de alcance mundial

y hacia una o muchas guerras, que van a involucrar a la mayor parte de los países. Cambio y eterno retorno a lo mismo decía Heráclito y repetía Nietzsche. Los misterios de Eleusis y Mitra parecían apuntar en la misma dirección de un eterno retorno, una vez más el hombre se repite a sí mismo. Estamos obligados a entendernos los seres humanos, para poder hacer y escribir, otra historia. Este es el gran interrogante de cara al nuevo siglo que comienza.

La cultura, es ese océano en que naufragamos. La vida es cultura, entendida ésta como todo lo que los seres humanos han pensado, dicho y expresado. Vivimos todo el tiempo de préstamos; nuestra vida como experiencia personal, es alimentada, nutrida siempre por otras vidas, pero fundamentalmente de sus ideas más que de sus ejemplos. Por eso se recomienda no conocer personalmente a los autores que admiramos, casi siempre nos decepcionamos, humanamente somos una cosa e intelectualmente otra.

Intelectualmente confieso que he vivido y vivo de prestado. Las influencias recibidas son múltiples y continuas, muchas inclusive anónimas y difíciles de precisar. Otras permanentes y ubicables; otras ocasionales y muchísimas veces, anecdóticas y producto del azar.

Una mirada, una imagen, una frase, todo me enseña y me es útil, al final, ya no distingo lo propio de lo ajeno. La vida social es inevitable, pero con demasiada frecuencia nos enseña y nos desgarrar. Otras veces convivimos mucho tiempo con otras personas y seguimos siendo extraños; en cambio la cultura nos envuelve, trasciende el tiempo y conduce nuestra propia vida de manera imperceptible.

Uno termina siendo los muchos lugares, vividos o no, cercanos o lejanos, reales o imaginarios, que hemos asumido como propios. Una fotografía; un cuadro, un paisaje, una descripción literaria puede resultar más real que la propia realidad que vivimos.

Somos habitantes del Universo, gracias a la cultura; la Mancha del Quijote, en España, es tan mía como la de Alonso Quijano y Cervantes. La Roma de los Doce Césares, es tan mía como de Suetonio. Nueva York, París, Venecia, Florencia y tantos otros lugares me pertenecen tanto como Maracaibo. Gracias a la cultura, de verdad somos habitantes de toda la tierra y de todos sus paisajes. Igual ocurre con las diversas épocas, todos los tiempos son nuestros, unos más que otros, pero no sabemos cuándo una época desconocida se hace nuestra, gracias a una nueva lectura.

Ni hablar de los infinitos libros que nos pertenecen, no importa si los hayamos leído o no; igual pasa

con las obras de arte, y con el cine, infinita e inagotable máquina de sueños.

Habiendo estado en Estambul, nunca fue tan real la ciudad como cuando la volví a visitar a través de una película. Y otra particularidad, la cultura nadie nos la puede negar ni nos la pueden quitar, de allí que más grave que el analfabetismo, es la insensibilidad; quien no se emociona nunca ante un hecho cultural es un proyecto humano potencialmente peligroso para sus semejantes; a menos que pudiéndose emocionar se alinee con el poder, con el dinero, en fin, sacrifique el ser al tener.

Al final, la vida intelectual termina siendo más real que la existencia concreta, que normalmente naufraga en un exceso de cotidianidad, *áureas mediócritas* decían los romanos.

Solamente equiparable al poder de la cultura es la llamada *comunicación de las existencias*, cuando más allá de nuestro *yo* egoísta, logramos acceder a un *tú*, también despojado de egoísmo; lo llaman *amor*, palabra equívoca y polivalente, que de tanto significar y manosearla no llega a significar nada, a pesar de lo cual estamos obligados a no renunciar nunca a ella; elusiva y ambigua es lo único que nos hace verdaderamente humanos.

La cultura no es solamente intelectual; antropológicamente es lo que permite reconocernos como seres humanos, hasta en lo más cotidiano y simple, pero la cultura que nos impulsa a avanzar en nuestra condición humana y no simplemente a vivir, es la llamada, quizás de manera errónea, la cultura superior, la del intelecto, la de la razón y el sentimiento, la de la inteligencia y la sensibilidad.

Cada siglo tiene su aporte al desarrollo de la cultura humana, y cada aporte, suscita diversos tipos de apreciación y valoración, todos válidos, no importa las diferencias.

En mi caso tengo una opinión superlativa sobre la cultura griega clásica, creo que allí se sentaron las bases culturales de la civilización humana: arte, filosofía, ciencia, literatura, política, historia, etc... El Renacimiento adquiere un valor parecido, precisamente porque es una pretensión de volver o revivir la Grecia clásica. En este sentido me confieso eurocéntrico, aunque respeto grandemente y valorizo cada vez más, las llamadas culturas primitivas y en particular el Oriente, Israel, la India, China, el mundo islámico, etc... pero sin lugar a dudas, por aquello de *yo y mi circunstancia*, la cultura del siglo XX me enmarca y define como una atmósfera; es mi horizonte vital y

cultural; no importa, si algunos libros y autores e ideas vengan de más atrás, como por ejemplo la ilustración, la filosofía moderna y autores decimonónicos como Marx, Freud, Nietzsche y algunos otros, o movimientos estéticos, como el impresionismo.

La lista es larga y la relación disímil, la gran literatura europea, rusa, norteamericana, latinoamericana y algunos autores aislados de otras literaturas, son aguas oceánicas en las cuales he navegado muchas veces. Tengo mi propia mitología personal, inclusive secreta, como la Praga de Kafka o la Alejandría de Kavafis, Dublín de Joyce y el Macondo de García Márquez; o el París de Miller y Hemigway; o Venecia y Florencia, de algunos pintores. Paisajes del alma e historias románticas intransferiblemente nuestras.

La *rive gauche* con sus modas literarias e intelectuales típicamente parisinas. Un café de París es un tesoro, esnobismo inevitable para jóvenes e intelectuales latinoamericanos que han leído a Vallejo y a Cortazar. La vida, para un intelectual del siglo XX, es impensable sin los libros y el cine. Fellini, Bertolucci, Pasolini, el neorrealismo italiano, la *nouvelle vague* francesa, el expresionismo alemán y el mejor Hollywood; Bergmann, Buñuel, Woody Allen, Saura, Man Ray y muchos otros, nos dieron la comedia y la tragedia del siglo como ninguno, imágenes plenas de

seres concretos y reales, paisajes y sonidos, que son nuestros para siempre.

Si la tecno-ciencia marca el siglo, como cultura operativa y utilitaria, la otra cultura, la “inútil”, nos hace más conscientes y más humanos en términos de autoconciencia y representación. Mi siglo XX, no solo es historia, en términos clásicos de política, economía y sociedad, sino es cotidianidad y experiencia directa de personas y acontecimientos, y además, quizás de manera fundamental, es Eros, opuesto a Thanatos, rechazo absoluto al grito bárbaro de Millán Astray, el general franquista de la guerra civil española que entró a caballo en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, y en presencia del Rector Unamuno, gritó “viva la muerte, muera la inteligencia”, mientras enarbolaba su bandera de tela negra y calavera impresa. Igual el nazi Goebbels cuando decía que al oír la palabra inteligencia, sacaba su pistola.

Cultura y vida son sinónimos en el siglo XX; a pesar de todo, lo seguimos creyendo y la cultura no ha perecido, como algunos pronosticaron; en ese sentido el siglo XX, culturalmente, no tenemos ninguna duda, es un siglo que se puede justificar.

Muchos son los nombres que marcan el siglo XX, pero que duda cabe, sobre la importancia y la influencia de cuatro personajes fundamentales. Todos

nacidos en el siglo XIX: Darwin, Einstein, Marx, Freud; los dos primeros prestigiosos, pero poco conocidos por la mayoría de nosotros; sus libros son para especialistas; pero el Darwinismo se convirtió en una ideología popular, asumida y referida en cualquier conversación y es que era un poco como la afirmación inconsciente de la primacía de la ciencia. Igual sucedió con Einstein, una figura familiar del siglo, cuyas teorías e ideas eran inaccesibles para la mayoría de nosotros, pero que llegó a simbolizar al genio científico por antonomasia.

Con Marx y Freud fue lo contrario, fueron leídos en abundancia aunque, no necesariamente comprendidos, y sus libros, ideas y teorías, se introdujeron en todas las conversaciones y discusiones y se hicieron presentes en todas las manifestaciones artísticas e intelectuales; cine, arte, literatura, filosofía e historia, se beneficiaron de estos dos autores.

Freud, escandalizó porque llamó la atención sobre temas difíciles y tabúes, normalmente evadidos, como por ejemplo la sexualidad y la muerte, el inconsciente y la locura, los sueños y las muchas patologías que aquejan a los seres humanos.

Marx asustó al mundo burgués porque se asumió de manera radical como el negador absoluto de ese mundo, con su lucha de clases y su revolución mundial

y el inevitable surgimiento de una nueva economía, una nueva sociedad y una nueva política y cultura: el socialismo y el comunismo que prometían el cumplimiento de la utopía, con el hombre nuevo que estaba por nacer.

En las últimas décadas del siglo fueron autores venidos a menos y sus teorías revisadas, cuestionadas y en algunos casos negadas. Pero no hay duda, que sin el psicoanálisis y sin el marxismo, el siglo XX sería incomprensible. Otros tres nombres son imprescindibles: Gandhi, Luther King y Mandela, aunque por razones diferentes; el martirio o sufrimientos personales, la doctrina y activismo político profundamente afincado en los derechos humanos y quizás su pertenencia racial y cultural, uno venido de las profundidades de la India; el otro, del discriminado mundo negro norteamericano y el último de la resistencia y la afirmación africana.

La Iglesia Católica, por lo menos para mi generación, también aportó tres nombres fundamentales para entender el siglo; el profético y carismático Juan XXIII; el desgarrado y lucido Pablo VI y Juan Pablo II, cuyo largo y decisivo pontificado de 25 años, continúa. Son Papas de la modernidad, sobre todo Juan XXIII y Paulo VI con su *aggiornamento*. Juan Pablo II, con sus más de 100 viajes a todos los rincones

del mundo, emblematiza la nueva Iglesia, en términos de un ecumenismo adaptado a la época, consciente de la importancia de la tecno/ciencia y sus riesgos y con un claro y batallador sentido geo-político.

Es un error frecuente de los historiadores, reducir la historia a unos cuantos nombres, pero es un reduccionismo inevitable, ya que la historia tiende a ser marcada por ciertos individuos de manera determinante, aunque nosotros sepamos y asumimos, que estos personajes no podrían existir y actuar solos; son las instituciones y las sociedades quienes los generan y posibilitan. Individuo y sociedad, ambas categorías son reales, pero sus relaciones son múltiples y complejas y exceden cualquier teoría o interpretación.

La biografía es inseparable de la historia, tanto como sería imposible el análisis histórico, sin las categorías de política, economía, sociedad y cultura.

Hay muchas maneras de entender y definir la historia, es la conciencia social compartida por una colectividad. Es la rendición de cuentas de una sociedad y una cultura, en fin las definiciones son muchas y ninguna es definitiva. Sobre lo que no hay duda es la pretensión racionalizadora del historiador. Se trata de ordenar y entender, de darle al azar de los hechos un sentido y en esto el historiador no se encuentra solo, toda la historia del pensamiento no es otra cosa

que crear una teoría que lo explique todo y por consiguiente permita comprenderlo todo.

Si asumimos la definición de San Agustín sobre la naturaleza humana, según la cual somos: cuerpo (Soma); pensamiento (Psique) y alma o espíritu (Pneuma), toda la historia de la filosofía y de la ciencia no es otra cosa que la pretensión de conocerlo todo; es lo que simboliza el mito de Prometeo y Fausto y es lo que quiere decir el agónico Goethe, con sus desgarradas últimas palabras “luz, más luz”. Platón no pretendió otra cosa que la explicación última y definitiva; igual Aristóteles. Santo Tomás con su *Summa Theológica* y Descartes, Kant y Hegel no buscaban otra cosa.

En la contemporaneidad tenemos el intento fallido de Einstein, que por más de 40 años buscó elaborar una teoría del campo unificado, intentando desentrañar el secreto más íntimo de la materia y no otra cosa pretendió Freud que llegar a una teoría general de la conducta humana, es decir definir una psicología esencial y profunda que permitiera acceder a los secretos de la mente. Marx lo pretendió con la economía y la vida social y Maquiavelo lo pretendió con la política, es decir encontrar, en términos modernos, la pretensión medieval de la piedra filosofal.

Todo lo anterior viene al caso, porque si algo caracterizó al siglo XX, intelectualmente, fue la pretensión de entenderlo y explicarlo todo, herencia ilustrada, que potenció el portentoso avance tecnocientífico ya apuntado. El drama fue, que al final del siglo, habiendo avanzado en todos los campos del conocimiento de manera portentosa, muy pocos, se atrevieron a plantearse una teoría abarcante y omnicomprensiva .

Frente a las certezas de la ciencia, la mayoría de la gente terminó viviendo entre el temor generalizado y la incertidumbre. Nada era definitivo y no se estaba seguro de nada. El siglo se nos presenta escindido: al comienzo del mismo, hay una seguridad y un optimismo generalizado; al final del siglo cunde el pesimismo y cuando más, un optimismo trágico, también ya referido. Un poco a la manera de otras épocas de crisis, los seres humanos se limitan a vivir el instante (*Carpe Diem*), el presente, en la medida que el futuro luce inseguro e incierto, y esto en parte ayuda a explicar el renacimiento de la fe religiosa, indistintamente que se canalice a través de las grandes religiones históricas, o bien, por los múltiples senderos de la credulidad y la superstición, expresado en parte por ese fenómeno, llamado *New Age*.

Si bien el mundo ya era conocido desde varios siglos atrás, los viajes de Marco Polo, Colón y Magallanes son emblemáticos al respecto; nunca antes los seres humanos habían entrado en contacto y se habían reconocido entre sí, como en el siglo XX, lo que no significa exactamente que se reconocieran, en la diversidad y se aceptaran; lamentablemente este sigue siendo un problema de peligrosa actualidad, el respeto a la diversidad antropológica y cultural, para no hablar de racismo, intolerancia religiosa e irrespeto por las diferencias; a pesar de la globalización y la homogenización creciente, el planeta se presenta hostil y amenazante en las relaciones entre grupos humanos y culturales diferentes. Un verdadero humanismo ecuménico, sigue siendo más una aspiración que una realidad. Todo lo anterior se refleja con dramática actualidad en ciertos países y particularmente en las grandes urbes.

Como ejemplos en la cotidianidad mediática está el caso de Irlanda del Norte y el IRA, momentáneamente calmado en su curso violento y terrorista. Está España y la beligerancia de ETA y la amenaza creciente catalana, aunque esta última pareciera discurrir por cauces políticos no violentos.

En Italia está el planteamiento separatista o segregacionista de la llamada Liga Norte de corte derechista y reaccionario.

En los Balcanes y la antigua Yugoslavia, la violencia reciente, todavía nos asusta. El caso de los chechenios, armenios y kurdos nos recuerda cómo los problemas de la historia pueden durar siglos; el caso de Chipre y su absurda división, para no hablar del explosivo Medio Oriente y el conflicto por Cachemira; no hay región de África y Asia ajeno a esta problemática actual o latente y en el mismo subcontinente sudamericano, el problema de la guerrilla colombiana, la guerrilla zapatista y los diversos movimientos indígenas, particularmente en Bolivia, Ecuador y Perú. Y es que frente al deterioro evidente del orden mundial sustentado en el estado-nación, un nuevo orden global no termina de consolidarse, aunque Estados Unidos y las otras potencias marchen en esa dirección, como siempre ha ocurrido en la historia.

La tarea no a va a ser fácil y la mejor demostración son las llamadas fronteras calientes y conflictos en pleno desarrollo como es el caso de Afganistán e Irak.

Las otras bombas de tiempo son las grandes ciudades, megalópolis incontrolables, donde todos los conflictos y problemas se acumulan y concentran, de

allí la falsa solución de la nueva ecología urbana, que lo que hace simplemente es zonificar los problemas y la violencia; no otra cosa fue el famoso plan Bratton para la ciudad de Nueva York en la administración Giuliani, dicho de manera simple, se limitó a sanear Manhattan, incluido Harlem, drenando la delincuencia hacia otras zonas, como el Bronx y Queen.

La ciudad moderna, monstruosamente grande, es un agregado urbano de varios centenares de kilómetros y decenas de millones de personas, constituido por diversos guetos étnicos y sociales, creando una verdadera discriminación racial y social. Las diferencias entre el primer y tercer mundo han sido trasladadas, agravadas, a cada ciudad, y paradójicamente, de manera mucho más grave, en las grandes urbes de los países avanzados, ya que a la discriminación social, presente en todas las ciudades, se agrega la discriminación racial y cultural.

El verdadero drama contemporáneo es la incomunicación individual y colectiva (a pesar de Internet). El individuo urbano se ha encerrado en sí mismo, en un círculo cada vez más estrecho y asfixiante. El negocio inmobiliario ha obligado a sacrificar el espacio de la vivienda, del trabajo y del esparcimiento, convirtiendo a las personas en verdaderos prisioneros del espacio urbano. La multitud, inorgánica y anónima, se ha

apoderado de las grandes ciudades. Los subterráneos del Metro son verdaderos espacios kafkianos, cada vez más vastos e insuficientes; la multitud abigarrada y siempre presurosa, transita por éstos, como por el infierno de Dante. Las bellezas de una ciudad, como por ejemplo París, están arriba y pasan inadvertidas. Inclusive los privilegiados que tienen vehículo propio, no pueden llegar a ninguna parte, por el congestionamiento, especialmente en ciertas horas, y aparcar es tarea imposible, haciendo inaccesibles y distantes, los lugares más atractivos.

La megalópolis dejó de ser la ciudad soñada por los renacentistas, como el espacio humano por definición. La ciudad de hoy, abrumba y nos neurotiza a todos, de allí que los pocos privilegiados que pueden huir de ella, huyen.

Después están los inmensos espacios urbanos y suburbanos, estratificados, social y étnicamente, encerrados en si mismos, en una casi completa incomunicación lingüística, cultural y social. La barrera de las mentalidades, más fuerte inclusive que la lingüística, se ha convertido en un verdadero muro de la ignominia.

En la sociedad moderna, particularmente las grandes ciudades, están fraccionadas y fracturadas en

guetos sociales, lingüísticos y culturales. El africano de París, vive distante y hostil, igual que el asiático o el islámico así como los negros o latinos de Nueva York; son sociedades antagónicas, con una integración legal y física, cada vez más precaria y lamentablemente lo mismo que ha venido sucediendo en la Caracas de los últimos años.

El verdadero problema de nuestro mundo es la segregación y auto-segregación, por razones sociales y culturales.

Lo más antiguo y tradicional coexiste, en una difícil convivencia, con lo más moderno y sofisticado. El feminismo occidental no puede entender el velo islámico o la burka tan publicitada cuando la invasión a Afganistán. No puede entender Occidente y las “élites ilustradas” de otras partes del mundo, la existencia, geológica y mineralizada, de las tribus y los clanes en las sociedades arcaicas.

Para una mentalidad moderna qué significa la *vendetta* o la *Ley guajira*, la llamada economía subterránea, el sincretismo religioso y las supersticiones de todo tipo, que sobreviven en los sitios más inesperados.

Las *masas*, ese concepto democrático y anti-democrático a la vez, siguen comportándose en lo

fundamental, como en la vieja Roma, exigiendo pan y circo.

El Mundo Contemporáneo, no es tan moderno y racional, como ingenuamente pensamos muchos en el siglo XX, proyección optimista de la ley del progreso formulada en los siglos XVII, XVIII y XIX.

El mundo de hoy luce peligrosamente desequilibrado y, lo más grave, confundido; especialmente con respecto al futuro; de allí esa mirada bifronte, desesperadamente perdida en la pretensión de volver a los orígenes y a la falsa seguridad del pasado o evadirse, en la también falsa creencia de mirar hacia delante, consumiendo la quincallería tecnológica a la moda y cualquier otro tipo de evasión, física o psicológica.

Qué primitiva sigue siendo la humanidad en pleno futuro. De allí que el historiador, se queda corto en su ciencia, y las palabras más importantes o las más útiles, las estén diciendo sociólogos y antropólogos, psicólogos y psiquiatras, porque en el fondo, el viejo problema de la historia, siempre es el mismo, el poder, quién manda y quién obedece; quién domina y hegemoniza: individuos poderosos, minorías dirigentes, supremacías políticas, económicas, sociales, religiosas, culturales. También en el siglo XXI la lucha

por el poder y la supremacía va a marcar el ritmo y la dirección de la historia y su desenlace.

Nietzsche a su manera lo vio, con su teoría del eterno retorno y la voluntad de poder; Platón y Confucio definieron el problema con precisión; solo el filósofo, el sabio, tiene derecho al gobierno de los demás, o como dijera Confucio, más práctico y realista, solo el que puede gobernar su vida puede aspirar a gobernar la de los demás. Este es el tema crucial, la verdadera subordinación y control del poder, que es un tema no solamente filosófico, ya que tiene que ver con el futuro real de la democracia como sistema político y la revisión adecuada de todas las teorías “contractualistas o pactistas” de la vida social y política, y de paso, reflexionar sobre la verdadera naturaleza de palabras como pueblo, nación, estado, masa.

En el siglo XX, hay una tendencia del pensamiento social y político católico, a través del pensamiento de muchos autores, pero particularmente de Maritain y Mounier, que se plantearon estos problemas centrales de la historia y la política, la dimensión moral de la misma, la supremacía de la persona y el reconocimiento de los intereses de la comunidad y el bien común, un poco en la línea de superar la vieja dicotomía, planteada entre otros, por Max Weber, entre lo societario

y lo comunitario, como el conflicto o la contradicción fundamental de la sociedad moderna.

Para muchos lectores, Mircea Eliade, era un nombre familiar, igual que Ciorán, aunque por razones muy distintas; éste nihilista militante, nos retó desde su esceptismo a no ser tan crédulos, frente al pensamiento mitológico y primitivo pero igualmente frente al pensamiento científico. Mircea Eliade nos dio la dialéctica fundamental de la realidad y del pensamiento: lo sagrado y lo profano en la historia y en la vida social, de allí que nuestra generación estuvo preparada intelectualmente para asumir todos los mitos del siglo y no sucumbir a los mismos y por eso, el fin del siglo, nos encontró en trance de desmitificar y desacralizar prácticamente todo lo que la historia, la política, el cine y los *mass media*, habían elaborado y difundido, desacralizamos a los hombres de poder y su gloria publicitaria.

Lenín, un hábil y voluntarioso político, terminó siendo lo que era, fundador de imperios. Stalin, un psicópata, igual que Hitler. Musolini, un “clown”. De Gaulle, una figura hierática y anacrónica como una efigie egipcia. Churchill, un camaleónico político. Mao Tse Tung un caudillo, enfermo de poder. Kennedy, una leyenda mediática, como la de James Dean o Marylin Monroe, fabricada por los publicistas. Hasta el Che,

terminó siendo un afiche y una foto, secuestrado por la publicidad.

Todo quedó al descubierto y todos fueron desmascarados. La publicidad había pretendido anular y secuestrar nuestro pensamiento; la historia quedó desnuda y al descubierto; igual que el cine, fueron grandes fabricantes de ilusiones, todo relativizado y precario; nunca el ser humano estuvo más solo, sus dioses resultaron de barro y todos fueron destruidos por la verdad. Al final del siglo, pareció que lo único importante era *tener* y *tener* era *poder*. El propio ser humano fue reducido a mercancía, todo tenía un precio y era intercambiable.

La impresión que tengo de cara al nuevo siglo, es que prácticamente todo tiene que ser reconstruido o inventado.

La visión del pasado puede llegar a tener tantas versiones como personas que miran hacia atrás, no solamente por un problema de perspectiva e intereses personales, sino por que el presente va modificando nuestras perspectivas en la misma medida que nuestra percepción o idea del futuro se va desarrollando o modificando con los acontecimientos y experiencias de cada día.

Miro hacia atrás, desde una ciudad como París o Nueva York y pienso en la realidad y los intereses

de Francia, Europa o los Estados Unidos y llego a pensar si en verdad a estos países les interesa el resto del mundo, más allá del negocio o del interés turístico. Pienso en conceptos como globalización o mundialización y llego a creer que son categorías mediáticas, parcialmente verdaderas, ya que con excepción del sistema financiero y el aparato tecnológico, cada pueblo es diverso y cada sociedad tiene su propio ritmo y tiempo real.

A veces pienso que no es suficiente que la cadena de comida rápida Mc Donald's o ciertos espectáculos sean compartidos a escala planetaria para pensar en un mundo unificado, por lo menos en el corto o mediano plazo, ya que cada cultura es diferente y son muchas y diversas las mentalidades.

Es cierto que gracias a la UNESCO, la humanidad comparte 754 lugares en el mundo como patrimonio natural, histórico o artístico; igualmente es cierto que nos identificamos la mayoría del planeta con los derechos humanos; pero la falta de ellos la percibimos y padecemos, a escala diferentes.

Entiendo que es un problema común y una preocupación compartida, el deshielo de los polos, la desertificación y la capa de ozono; pero la mayoría de la humanidad está tan atareada en sobrevivir y la mayoría sin posibilidades educativas y sin oportuni-

dades ciertas en la vida, que poco importa que haya oído hablar de derechos humanos, salvaguarda del ecosistema o desarrollo sustentable; son términos tan alejados de su cotidianidad, que terminan siendo abstractos.

A veces tengo la impresión que es una minoría de países privilegiados y una minoría social quienes viven y piensan en términos de mundialización; una elite (no más del 20% de los habitantes del planeta) que son precisamente quienes consumen, porque tienen ingresos suficientes, los productos del bienestar hasta llegar a lo superfluo y tienen acceso a toda la parafernalia tecnológica y comunicacional; como ejemplo tenemos a INTERNET, la nueva palabra mágica y mítica, con la cual creemos que todo lo podemos y todo lo sabemos, lo cual tampoco es cierto; información no es necesariamente conocimiento, y poder, no es tanto para el usuario, sino para quien inventa, monta y maneja el sistema.

De los 12 “servidores” de Internet existentes (donde se genera y difunde la información y por consiguiente se controla) 9 corresponden a los Estados Unidos; 2 a Europa, Inglaterra y Suecia y 1 a Japón.

Este séptimo continente informático (J. Attali, 1997), es otra ventaja más de los poderes constituidos y hegemónicos para seguir dominando y controlando

el mundo. No lo decimos para negar el hecho tecnológico y sus posibilidades e importancia, sino simplemente para tenerlo en cuenta en la nueva geopolítica. De hecho existe el término respectivo Cybergeografía (Matthew Cook, 2000), en el cual se estudia y demuestra, que quien descubre, organiza y ordena un espacio, lo domina y explota en su provecho; así lo han hecho todos los imperios de la historia, dentro de los límites y posibilidades tecnológicas de la época.

Igual se puede hablar de una cybercultura y de una neteonomía terminología válida y necesaria, porque es real; pero que no se olvide que más allá de la novedad tecnológica, como siempre el problema es su uso y abuso; en el fondo siempre es un problema de poder sea económico, sea político.

Internet tiene su tribu (es decir, usuarios asiduos y habituales, cualquiera sea su razón) menos de 10% de la humanidad, con Estados Unidos a la cabeza; 150 millones de internautas, seguidos por los chinos con 78 millones (cifras del 2003), en países como Venezuela, no llega al 4% de la población, el número de usuarios.

No tengo la menor duda que el futuro pasa por Internet, no vamos a repetir el error de los ludolistas, en los comienzos de la revolución industrial, que

querían destruir las máquinas porque les quitaban puestos de trabajo.

Internet es una revolución ya lo hemos dicho, pero no está garantizado el uso y la importancia real para la mayoría de la población del mundo. Como siempre, la razón técnica no es autónoma y no puede ni debe negar la razón moral de quien la crea. Somos como el aprendiz de brujo de Goethe, vivimos el riesgo de ser dominados por algo que creamos para servirnos y para avanzar y vivir mejor.

Una vez más, la historia se nos presenta fundamentalmente como política, es decir que el destino de una sociedad siempre se decide en torno a la cuestión del poder. Con esto no ignoramos la importancia de la economía y de la sociedad, mucho menos de la cultura; la historia es un todo complejo, orgánico y dinámico, que expresa al ser humano en su integralidad y totalidad; pero el historiador no puede ignorar la primacía operativa de la política, de los individuos que en ella actúan y lógicamente los diversos intereses y fuerzas que en una sociedad y en el mundo operan.

Empezando el siglo XXI, la política nos sigue retando, como el oficio más viejo y que más desconfianza genera. Es la primera pista que el historiador debe seguir, allí se juegan su destino los seres huma-

nos, las sociedades y el mundo; hoy la política, más que nunca, es una geopolítica de alcance mundial; los factores internacionales en la política moderna, tienden a pesar más que los factores internos y en ese sentido, este comienzo de siglo y milenio, así lo evidencian.

Una frase que recorrió el mundo, la aldea global (Mc Luhan), trataba de expresar la nueva realidad histórica del poder de la televisión, y la presencia masiva y simultánea de los medios de comunicación, como aquella imagen sugerente de “una tribu alrededor de un televisor” especialmente cuando se compartían noticias o eventos de carácter mundial, como por ejemplo un campeonato mundial de fútbol o una noticia de impacto e interés internacional.

La aldea global, hoy lo sabemos, no solamente es la revolución tecnológica y sus efectos, sino también la existencia de la gran ciudad, la metrópolis contemporánea, especialmente algunas como París, Londres o Nueva York, que son una verdadera síntesis del mundo. En las ciudades citadas, y en algunas otras de África, Asia, América Latina, Europa y Norteamérica, conviven sin integrarse. Son ciudades a escala planetaria, pluriculturales y multilingües. La gran interrogante es sobre el tiempo real en que vive cada habitante. Un árabe, un asiático, un africano, un latino-

americano, en qué mundo realmente vive, en términos sociales y culturales. La ciudad, tradicionalmente, es el encuentro o la expresión de un colectivo, étnico o geográfico, más o menos importante, en términos de millones de habitantes o de kilómetros cuadrados.

Con el estado-nación, la capital, era el centro político; casi siempre, el centro económico y el muestrario social y cultural más representativo de una nación. Con la existencia de los imperios coloniales, las capitales, eran el centro visible de ese imperio, como Roma en la antigüedad y Londres y París en los últimos siglos.

Actualmente con el avasallante urbanismo en curso, las migraciones crecientes y las facilidades de transporte, el mundo pareciera condenarse en su diversidad en estas grandes capitales, creando problemas de todo tipo y porque no, soluciones inéditas de convivencia y tolerancia.

La aldea global, concentra la historia contemporánea, sus mejores posibilidades y sus mayores riesgos. De hecho, a pesar de la diversidad étnica, cultural y social, ya aludida, existe un nuevo individuo urbano, más allá de su identidad de origen, cuya conducta y cotidianidad se expresa de manera definida en hábitos y costumbres. A nivel juvenil hasta se habla del *cyber punk*, una persona de conducta y vestimenta fácil-

mente identificables, pero de personalidad y valores todavía en discusión. Palabras, como *individualismo*, *desarraigo*, *violencia*, *desacralización*, *despersonalización*, son categorías al uso para tratar de identificar esta cultura urbana, real y artificial al mismo tiempo y la ruptura casi total, con la conducta y los sistemas sociales conocidos.

Economía sumergida e informal, drogas y sexo, como comercio, pero también como expresión de un vacío existencial y una ruptura de los lazos sociales y familiares, están planteando, especialmente en las grandes ciudades, un reto político y administrativo, que tiene que ver con la convivencia y la seguridad de todos. La ciudad, o ciertas zonas de ella, ya no es segura y el miedo, la agresividad y la desconfianza es lo habitual, casi como un regreso a la edad media, cuando precisamente la ciudad fue la respuesta a la inseguridad y a los muchos miedos y limitaciones del campo. La “jungla” se reinstala en la gran urbe y obliga a muchos de sus habitantes a replegarse en las periferias urbanizadas, ciudades satélites o dormitorios y urbanizaciones cerradas, creando verdaderos guettos de clase media y clase alta. La ciudad se organiza y se desintegra al mismo tiempo, creando dinámicas o realidades infernales, como por ejemplo el transporte público, especialmente en las llamadas horas pico. La

ciudad-megalópolis, cada día se aleja más de la idea y de la imagen de la ciudad provinciana, que prevaleció hasta la primera mitad del siglo XX.

El mundo se ha hecho realmente más pequeño en estos macrocosmos urbanos pero igualmente más extraño. El ideal de todo habitante es huir de allí y por eso las vacaciones son verdaderos éxodos de millones de personas. La ciudad nos atrapa y nos rechaza al mismo tiempo. La ciudad, centro y símbolo del poder, perdura, pero cada vez más como expresión del caos y no del orden, que al fin de cuentas es una de las esencias del poder: ordenar y controlar la sociedad y para ello, entre otras cosas, ordenar la historia, el pasado y sus símbolos, como se evidencia arquitectónicamente y de manera casi geométrica, en ciudades como París o Washington.

Ciudad, orden, poder y civilización llegaron a ser sinónimos; hoy esto no es tan cierto y las tendencias parecen apuntar en la dirección contraria y en la necesidad de volver al viejo concepto de ciudad, limitada y definida en su estructura y funcionamiento, sin el monopolio del poder y sin el monopolio de la cultura.

Hay necesidad de una re/definición del espacio urbano en función de sus habitantes; hay que recuperar la urbe a escala humana, como pensaban griegos

y renacentistas. Hay que devolverle la ciudad otra vez a los seres humanos. ¿Será esto posible en una época, cuya característica más visible, es la irrupción definitiva en la historia de las masas?

La historia humana, no importa cual sea nuestra visión de la misma o nuestra filosofía de la historia, siempre se mueve entre lo real y lo ideal; Platón imaginaba una República gobernada por un sabio, mientras observaba como las Repúblicas reales eran gobernadas por tiranos, normalmente rapaces y crueles.

Tomás Moro inventó la palabra *utopía* para sintetizar la aspiración humana a una República ideal y a una sociedad perfecta. Carlos Marx pensó en la posibilidad real de construir una sociedad perfecta sin Estado y sin clases sociales, libre e igual.

Los ilustrados de la Revolución Francesa y los filósofos de la Ilustración pensaron que la Razón terminaría imponiéndose en la historia y alcanzaríamos la felicidad y el progreso para todos los seres humanos.

La humanidad siempre ha soñado con un mundo mejor; la vieja sabiduría religiosa tenía dudas al respecto y prefería confiar más en Dios que en los seres humanos y por eso el Paraíso, con excepción de los orígenes, siempre es situado fuera de la historia.

Ironías de la historia como diría Hegel, los metafísicos resultaban más realistas que los presuntos racionalistas que privilegiaban lo real.

Lo cierto es que también la humanidad del siglo XX, soñó con la utopía mientras padecía su cuota histórica de guerra y paz, crisis económicas y conflictos sociales; en el siglo XXI no creo que sea muy diferente esta dialéctica entre lo real y lo ideal.

Sin ignorar lo real, nuestro empeño, no puede ser otro que luchar por el ideal; cada época tiene una idea o un sueño a realizar o por lo menos a intentarlo, la humanidad tiene derecho a las utopías concretas. En nuestro siglo XX fue el deseo de paz y de progreso o desarrollo, lo que atrapó a las mejores inteligencias y unificó a la mayor cantidad de seres humanos y se fue parcialmente exitoso; en la segunda mitad del siglo, el mundo conoció una relativa y estable paz mundial y a pesar de todo, se dieron pasos importantes en pos del desarrollo y el bienestar de muchos, lo que pasa es que en estos temas, nunca es suficiente lo que se logra, aunque se logre mucho.

Un aspecto importante a destacar como un logro de la humanidad es la creciente conciencia planetaria en lo que respecta al patrimonio cultural y natural, y en este sentido merece un reconocimiento especial la UNESCO, organismo de las Naciones Unidas, con

sede en París, que desde los años 60 para acá, se ha empeñado en incrementar, recuperar y proteger este patrimonio, en todo el mundo, con una importantísima colaboración de los gobiernos y particularmente la acción de instituciones e individuos, que han hecho de este empeño y esta lucha, todo una cruzada, con el resultado, hasta ahora, de 754 lugares recuperados y protegidos legal y moralmente. Esta lucha apenas comienza y es muy auspicioso lo que de ella se deriva, una creciente corresponsabilidad a escala planetaria y una conciencia humana abierta hacia lo diverso y lo diferente; en un verdadero diálogo cultural y civilizatorio, todos los seres humanos nos identificamos con este patrimonio común, no importa a que época pertenezca ni en que lugar se encuentre.

De cara a la historia, como pasado, presente o futuro, el ser humano, cada uno en particular, tiene la responsabilidad directa y precisa, de trabajar y luchar por salvaguardar los mejores intereses humanos, para merecer y ser dignos de morar cerca de Dios, que no otra cosa significa la palabra humanismo.

El siglo XX, dialécticamente, continuó y paradójicamente negó a los siglos inmediatamente anteriores (XVII, XVIII y XIX). Fue una consecuencia de ellos, en términos filosóficos y científicos (ilustración, revolución industrial, revolución científico-técnico) y los

negó al mismo tiempo en cuanto sistema político. Se terminó sacrificando la libertad y nunca se garantizó la igualdad.

En este “nuevo” (des)orden mundial que caracteriza este comienzo de siglo pareciera ponerse término a la ilusión ilustrada de marchar inexorablemente hacia un mundo cada vez mejor (ley del progreso) porque así lo quería la razón y la propia providencia, convicción hoy fuertemente debilitada por una realidad cada vez más desequilibrada y peligrosa (80% de pobreza, poder nuclear para destruir todo el planeta, deterioro ambiental progresivo, fanatismo e intolerancia).

La humanidad, moralmente, pareciera seguir en las cavernas, indiferente frente al destino colectivo, especialmente el de los menos favorecidos.

El historiador se ve acosado (igual que todos) no tanto por el pasado, sino por el futuro, lo que lo obliga a intentar practicar la *historia profética* como lo quería Kant, no como un ejercicio vacío de brujos y gitanos sobre la buena fortuna. Dice el filósofo, no una historia “vaticinante, ni adivinatoria, ni política” sino una proyección racional sobre el “progreso constante hacia lo mejor” como lo quiere y exige la providencia y la razón y al mismo tiempo una actitud vigilante y correctiva, frente a los abusos de la razón que son las pesadillas que la propia humanidad produce.

Hay que entender y asumir la naturaleza humana, no en lo que hemos hecho de ella por coacción y represión, sino como un proyecto de libertad, que nace para desarrollarse en valores y cuyo fin de perfectibilidad histórica y trascendencia sobrenatural es irrenunciable.

Dice Kant “los actos violentos de los poderosos disminuirán gradualmente y aumentará la obediencia a las leyes... los actos benéficos serán más frecuentes... habrá menos discordias en los procesos”, todo esto en cada comunidad y en cada pueblo y entre los diversos países entre sí. El filósofo no era ingenuo, sabía lo difícil que era lograr todo esto en cada comunidad y en cada pueblo y entre los diversos países entre sí. Pero igual que Sócrates y Platón que pensaban que racionalmente o razonablemente la vida no podía terminar con la muerte, Kant pensaba que la utopía nunca será lograda, pero los seres humanos tenemos el deber de marchar hacia ella y acercarnos lo más posible al ideal, al modelo.

En el siglo XXI que no nos pase como al enfermo que mientras mejoraba se moría, como, de alguna manera nos pasó en el tan cercano y lejano siglo XX.

Somos habitantes del tiempo, lo habitamos y nos habita. El siglo XX fue terrible y sin embargo la esperanza no lo abandonó.

Nunca, tan pocos, habían humillado a tantos; los soñadores de sueños tuvieron como herederos a los creadores de pesadillas; se pretendió prohibir el pensamiento y la imaginación, se nos obligó al horror o a la locura o simplemente, se aniquilaba al diferente o al disidente. Igualmente, los sentimientos eran castigados; había que ser creyente y subordinarse, asumir el grito colectivo y el silencio era subversivo; *sub-hombres* convertidos en *super-hombres*, una mezcla extraña de tigres y monos; el hombrecito de gris del Kremlin, el payaso de camisa negra y el histérico de camisa parda, el cruel gran timonel, y decenas de tiranuelos y aspirantes a serlo, en nombre de la utopía, nos negaron la libertad y mancillaron la dignidad de millones de semejantes.

Pero la esperanza no puede ser robada, el siglo atormentado logró preservarla a pesar de todo y en este nuevo siglo, continuamos con las mismas pruebas, los mismos riesgos y la misma esperanza, destino humano ineludible.

En el siglo XX las masas se rebelaron pero terminaron apoyando al asesino de sus semejantes o se dejaron alienar por los vendedores de baratijas. Las masas fueron ruido y furia, y para escapar de la soledad y las carencias, sacrificaron la libertad; el paraíso prometido se convirtió en un puro infierno,

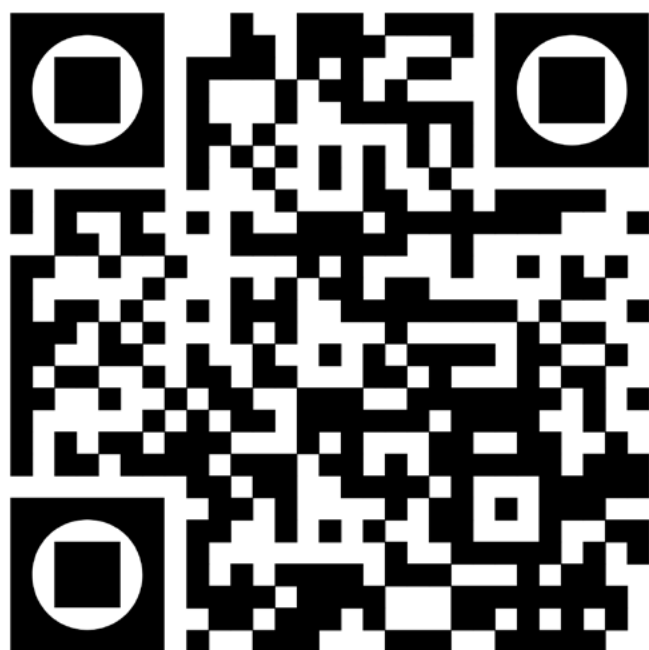
pero igualmente en el siglo, la imaginación fue indomable, la cultura nos permitió resistir y sobrevivir; *eros* y *thanatos* fueron implacables en su lucha, en cada ser humano, en cada rincón del mundo; nunca fuimos más libres y con más posibilidades de libertad que en el siglo XX.

No logramos redimir ni la injusticia ni la pobreza ni las muchas miserias del hombre, pero allí quizás descansa la posibilidad de seguir soñando y seguir luchando; el siglo XXI se convierte así en una invitación, como siempre, entre el temor y la esperanza, la libertad y el miedo.



Publicación digital de Ediciones Clío y el Fondo
Editorial de la Academia de Historia del estado
Zulia.

Diciembre de 2022
Maracaibo, estado Zulia, Venezuela.



Memorias del siglo XX

Ángel Lombardi

Encarar el balance de un tiempo supone un ejercicio de contención, pero si se trata de un siglo que parece marcar definitivamente la civilización planetaria, entonces la valoración se hace emocional, vacilante. La visión personal de Lombardi apela a la experiencia intelectual del observar capaz de integrar las elecciones de una vida a los juicios. Visto en perspectiva el siglo XX de este libro es sintético porque determina un ciclo humano nutrido de fuerza, prometeísmo y también imaginación. En estas páginas el historiador que clasifica cede ante el relator, el memorialista que consigna lo memorable y con ello sus afectos y desazones. Los estilos de la política, el ruido de la guerra, la epopeya de la economía, arte, cine y literatura como humanismo integrador, todo asoma como configurador de una identidad armoniosa y caótica a la vez en esta crónica de tono casi confesional y que no desdeña la profecía.

Miguel Ángel Campos

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO
ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA
EDICIONES ASTRO DATA

ISBN: 978-980-7984-47-8

